

La Esfera

Año VII Núm. 322

Precio: 60 cénts.



RETRATO DE SEÑORA, cuadro de Jacinto Rigaud

El primer coche francés construido en grandes series

10 HP.



Alumbrado
y demarraje
eléctricos

André Citroën

Conducción interior, gran lujo,
adquirido por D. Alfonso Peña

Representantes para España: G. DE RISO Y C.^a, S. en C. - Goya, 6, Madrid. - Teléfono 1.500-S

RELOJ DE PRECISIÓN **ELECTION**



Viuda de
Alberto Maurer
Carrera San Jerónimo, 15,
MADRID

ALMACEN DE RELOJES AL POR MAYOR

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

EL MÁS PODEROSO

DE LOS



TÓNICOS

cuyo uso es indispensable
durante los calores
para combatir la falta de apetito
y de las fuerzas.

VINO DE VIAL

OUINA, CARNE

LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS



BALDRICH. 919.
paris

crema de almendras calber

CREMA CALBER (sólida)
JABÓN CALBER

:-: productos sin rival :-:
para la belleza del cutis

PERFUMERÍA HIGIÉNICA CALBER

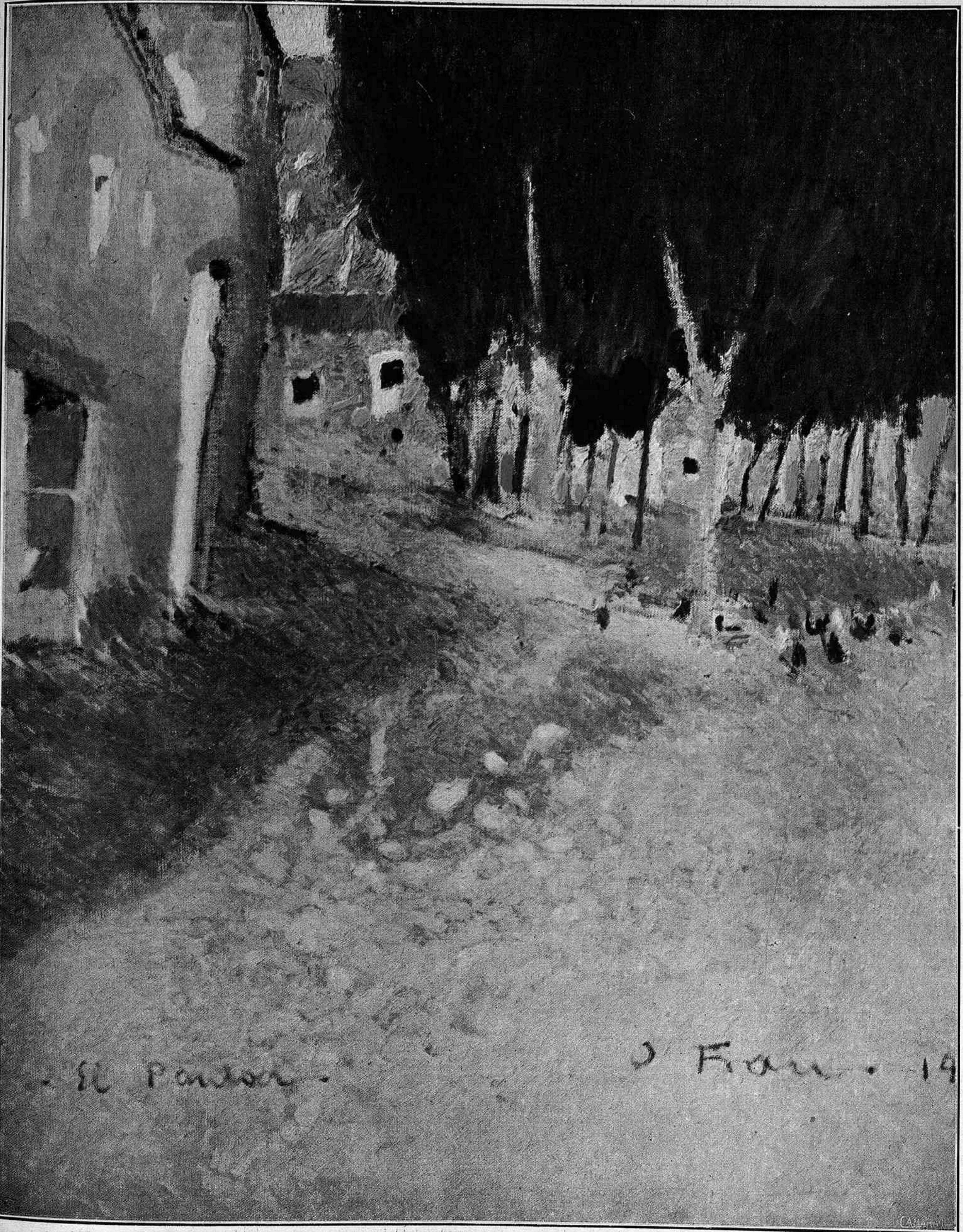
SAN SEBASTIAN

La Esfera

Año VII.—Núm. 322

6 de Marzo de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



PAISAJES ESPAÑOLES.—UN RINCÓN DEL PAULAR

Cuadro original de José Frau

DE LA VIDA QUE PASA
MANCHA DE SOL :: UNA INTIMIDAD GALDOSIANA

ENTRISTECE lo poco duradero de la atención que nuestra Prensa consagra á la biografía de los grandes hombres que la muerte se nos lleva. En este respecto, ni siquiera las cumbres de la política llevan ventaja sobre las cimas gloriosas de las Letras y del Arte. Los diarios políticos apenas si cuarenta y ocho horas después de sepultado su insigne inspirador, su creador, el apóstol cuyos ideales defendieron, le dedican espacio á sus dichos y á sus hechos íntimos, que son los característicos de una psicología, de un carácter, y la clave de luchas, fracasos y éxitos, de toda una labor, en suma, y estímulo, guía y ejemplo para la juventud. Si esto hacen con quienes directamente influyeron en los patrios destinos y sembraron beneficios colectivos é individuales, no debe extrañarnos que con literatos y artistas, que solamente gloria añadieron á su pueblo, y cuyas siembras individuales fueron, por lo general, de envidia más ó menos disimulada y otras malas pasiones, se proceda más tacañamente; recién sufrido el dolor de la nacional pérdida, se llenan unas columnas ó unas páginas periodísticas de datos biográficos, casi siempre comprados al Diccionario enciclopédico, rara vez amenos y, desde luego, sin el menor viso psicológico; pues por prodigar los elogios sin tasa ni tino, ocasión hubo en que la hora de las alabanzas más parecía la de los escarnios, cuando con haber sido la de la verdad habría bastado para hacer el retrato demandado por la pública y legítima curiosidad, y aun la apología erigida por la admiración y por el afecto. Como si el propio sol, pese á sus manchas, no fuese lo más hermoso de la creación y el más fecundo manantial de energías.

Pero nuestra Prensa quiere los soles sin manchas. Y por poco tiempo.

¿Es ello defecto de nuestra raza, que no puede sostener mucho tiempo la atención hacia un tema que le interesa ó deba interesarle? ¿Falta de educación intelectual y sentimental?

Motivan estas reflexiones la amargura que me ha producido lo pronto que la Prensa ha callado, una vez bajo tierra el cadáver de uno de nuestros muertos más gloriosos: de Pérez Galdós. No parece sino que ya se ha dicho todo cuanto se podía decir de aquel espíritu excelso.

Y, sin embargo, pocos lectores que no le tratasen íntimamente podrían decir que saben cómo fué aquel gran artífice de nuestra literatura. Para aportar unas pinceladas al retrato moral de aquel gran hombre, voy á contar un episodio de la vida de aquel gran escritor. Desde luego, advierto que lo que voy á descubrir es una mancha de sol, sombra leve, pero sombra, que, sin empañar ningún resplandor de gloria, puede servir de dato no despreciable para calcular la magnitud de su carácter y penetrar en el interior de una psicología. Los propios hagiógrafos no omiten los pecados que cometieron algunos santos. Y son mejor comprendidas las hagiografías que nos hablan de grandes pecadores que alcanzaron la santidad porque nos los revelan más humanos. Y, á mi juicio, son las más ejemplares.

□□□

Nadie puede dudar de que he sido uno de los que más quisieron y admiraron á Galdós. Bajo el seudónimo de *El Bachiller Corchuelo*, he publicado en *Por Esos Mundos* las confidencias suyas más extensas y más íntimas que hayan aparecido en la Prensa. Tengo ese orgullo.

Y cuando una parte de la Prensa, cegada por el fanatismo, combatía la petición del premio Nobel para el gran patriarca de nuestras letras, yo intenté la maniobra más hábil que pudiera acometerse, para contrarrestar y anular aquella injusticia imperdonable que se estaba cometiendo con una de nuestras más altas glorias nacio-

nales. Fui á ver al entonces obispo de Jaca, D. Antolín López Peláez, uno de los más altos y finos espíritus de la Iglesia española. Conocíale, quería y admirábale también mucho—porque lo merecía—hacia años, y sabía el atinado juicio literario que tenía formado de nuestros escritores contemporáneos. Sabía, además, lo que pocos, y menos aún el propio D. Antolín sabía: que aquel obispo, enemigo del liberalismo, era uno de los espíritus más liberales y, por tanto, más comprensivos de nuestros tiempos.

—Voy á publicar—le dije—una *interview* con

autor, es que la labor total es, en verdad, meritoria del alto premio.

Quedóse conforme, y yo me retiré satisfecho de la primera parte de mi plan. La segunda consistía en retratar juntos al príncipe de las Letras y al príncipe de la Iglesia. Para lograrlo me fui á casa del primero. No le hallé en casa. Le leí las pruebas de la *interview* al ayuda de cámara, que más que ayuda era amigo de D. Benito; pero no se las dejé, seguro de que poco después el propio D. Benito, impaciente y vehemente como un chiquillo, iría á la Redacción á que se las leyese.

Así fué. A las dos horas, el ordenanza me avisaba que á la puerta de la casa de *Nuevo Mundo* me esperaba en un coche el glorioso autor de los «Episodios Nacionales». Salí y me metí en el coche. Le leí la *interview*, y como viese la satisfacción que rebosaba en su semblante, le dije, atendiendo á mi objeto:

—Yo creo que debía usted ir á ver á D. Antolín ahora mismo, puesto que vive á dos pasos, y darle las gracias.

—Mi estupefacción fué enorme, cuando le oí contestar:

—¡Hombre! ¿Yo?... ¿Usted cree que debo ir?

—No se preocupe usted de eso—le dije enseguida—. El propio D. Antolín irá á ratificar personalmente á usted su actitud favorable y aun parcial para usted... Váyase ahora mismo á su casa, y no salga hasta que el obispo vaya á saludarle.

—¿Pero usted cree que vendrá?

—Eso corre de mi cuenta.

Cerré la portezuela, y el coche se llevó á D. Benito. Yo me fui á ver á D. Antolín.

—Vengo—le dije—de parte de don Benito, á pedirle á usted hora para venir él en persona á darle las gracias por las palabras de usted en la *interview*...

Y haciendo una transición, y poniendo un tono lastimero, añadí:

—Pero yo creo que usted no debe consentirle que venga. ¡El pobrecito está ciego y se apena mucho!...

—Ni lo consiento—dijo con toda la energía de su buen corazón el buen pastor, el *báculo de romance*, como gráfica y poéticamente le llamó el gran poeta Pedro de Répide—. Pídale usted hora para ir yo á saludarle, no á que me dé las gracias por un acto de justicia y de patriotismo que creo realizar con las palabras de mi *interview*.

—Iré con el mayor gusto. Y para ganar tiempo, usted espéreme aquí á las siete de esta tarde, en que vendré yo á buscarle á usted.

En realidad, no necesitaba ese tiempo de espera, puesto que á Galdós le tenía ya en su casa encerrado, esperándonos. Pero había que representar bien la comedia. Llegué á *Nuevo Mundo* y mandé al fotógrafo á casa del insigne escritor. Por cierto que nadie creía ni que la *interview* fuese auténtica ni que la entrevista de ambos príncipes fuese posible.

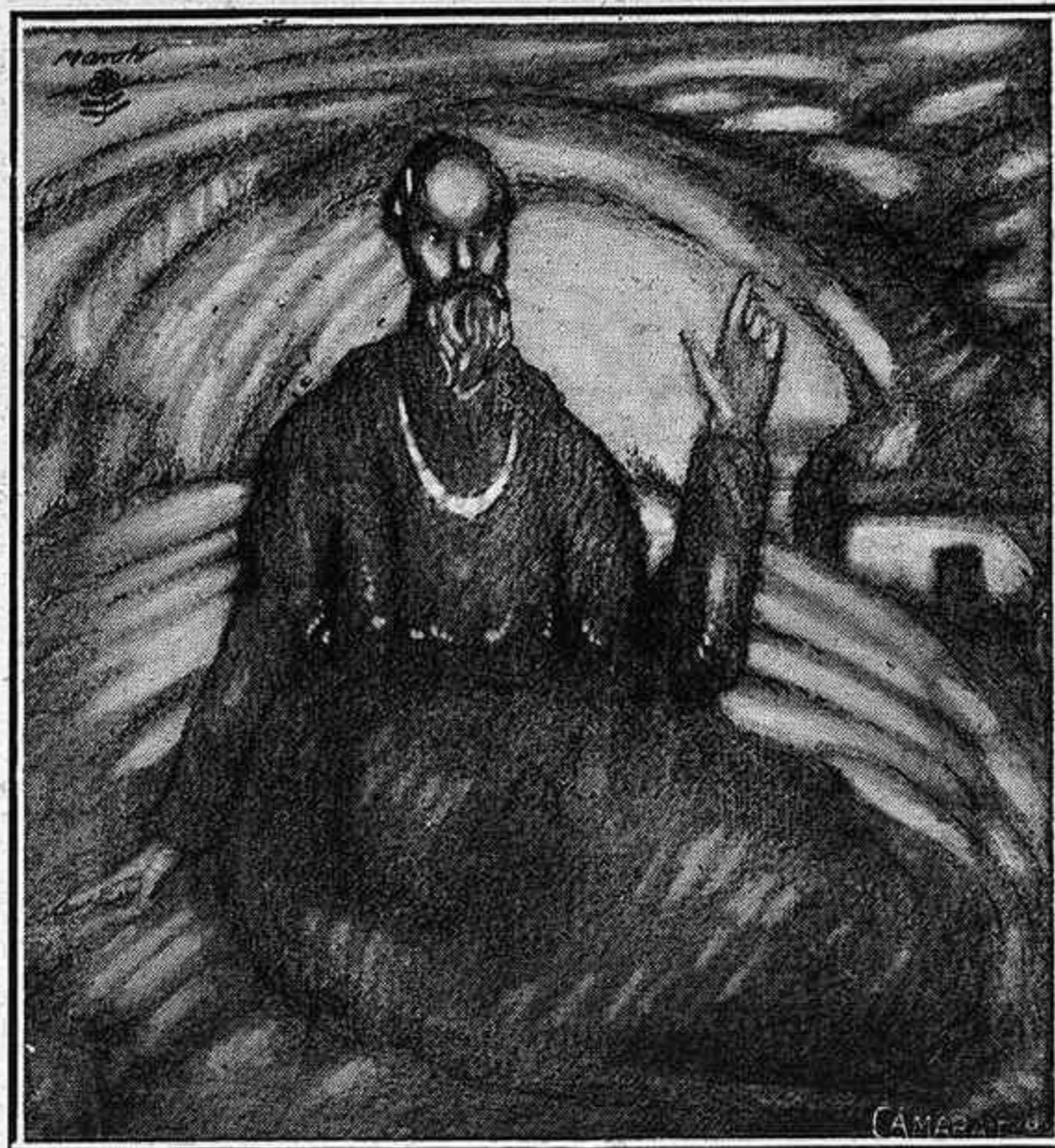
A las siete en punto, el obispo de Jaca hallábase ante Galdós, y Galdós, el radical, el que horas antes había pronunciado aquel «¡Hombre, yo!...», se inclinaba conmovido ante el prelado artista, ante aquel gran espíritu de equidad, más que de caridad, y en vez de estrechar la mano de su ilustre visitante, le besó más que cariñosamente el anillo, y aun creo que la mano...

Sentí un escalofrío de emoción indescriptible. Y en desquite de la mala impresión que me había producido con aquel «¡Hombre, yo!...» de horas antes, que no había sabido sostener, tal vez porque nunca en su vida de niño supo lo que como hombre quería y creía, escribí al pie de la fotografía de *Nuevo Mundo*, en que aparecía retratado con el obispo, que le había besado el anillo con *unción evangélica*...

Y tal vez porque en aquel beso había mucho amor, y el Evangelio, después de todo, no es otra cosa que amor...

E. GONZÁLEZ FIOLE

HERMANO HOMBRE...



Sé como tú, como los otros siendo:
 agua de río, que al par que va regando,
 con mil arroyos su caudal va haciendo.

Desata en mil torrentes tu ternura;
 sé como la montaña que, aunque altiva,
 da su sangre feraz á la llanura.

Brinda tu pan al pobre, que es tu hermano,
 y piensa que la tierra que da el fruto
 no ha marcado tu nombre en cada grano.

Para todos lo da, que vaya á todos;
 pobres y ricos tengan una mesa;
 lo dice Dios de diferentes modos.

Ahoga tu vanidad; mira que el día
 en noche ha de trocarse; ve que eres
 sólo una sombra que el acaso guía.

Gabriel GARCÍA MAROTO

DIBUJO DE MAROTO

usted, acerca de la petición del premio Nobel para Galdós... Como sé su manera de pensar, para excusarle tiempo y palabras, mañana se la traeré á usted hecha.

Parecióle bien al prelado. Al día siguiente se la llevé ya impresa en pruebas. Tan seguro estaba de conocer su pensamiento. Sin embargo, al llegar á un párrafo en que ponía yo en boca del príncipe eclesiástico estas palabras: «prescindiendo de lo *abominable* de algunas obras de Galdós», la indulgencia y la finura intelectual de López Peláez se sublevó, y me dijo:

—¡Hombre, eso de *abominable*!... quítelo usted...

—No, D. Antolín—repuse yo—. No lo quito. Ese calificativo lo brindo á la fiera del fanatismo. Es una concesión que se le debe y que además en sus labios eclesiásticos no está mal, y además refuerza la justicia de la petición del premio Nobel. Cuando, pese á hallar alguna obra *abominable*, desde el punto de vista de sus disciplinas, usted pide el premio Nobel para su

TRAJES PINTORESCOS DE HUNGRÍA



Las nuevas condiciones de vida de Europa harán, sin duda, desaparecer rápidamente ó, por lo menos, alterarán de un modo profundo los trajes y costumbres de algunos pueblos que, como los húngaros, conservaban extrañas y artísticas indumentarias. Esa circunstancia da extraordinario valor documental á las fotografías recientemente obtenidas en dicho país por el viajero inglés Cutter, y algunas de las cuales aparecen en

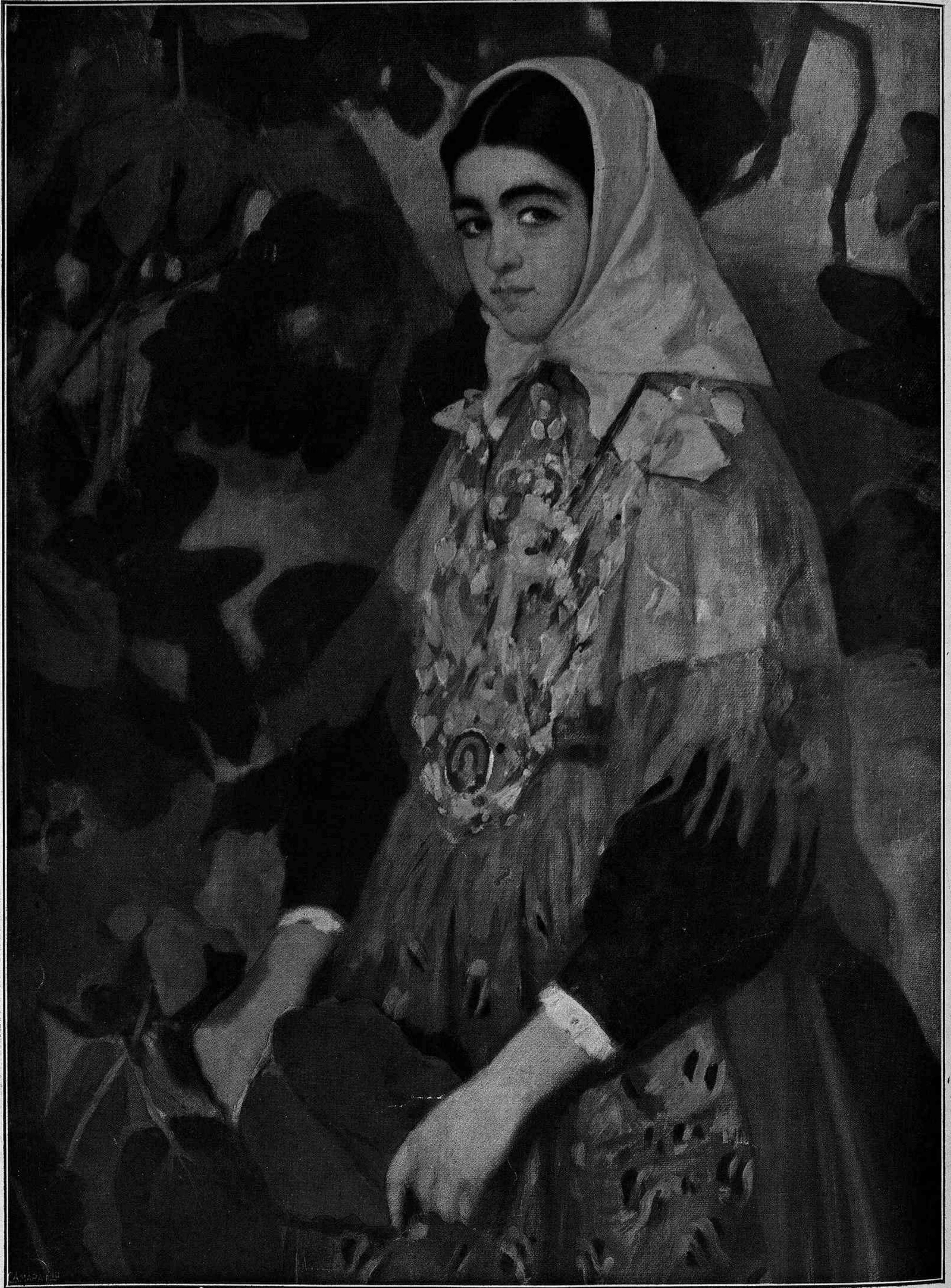


esta página. Son particularmente curiosas la relativa á los aldeanos de Mezőkövesd, en traje de día festivo, y la de una madre y sus pequeños, ataviados para la fiesta dominical. No menos curiosas son las de muchachas de Postyen, vestidas de gala, y las que presentan á dos novios, entregados á su plática amorosa, dos recién casados y dos niños saludándose. De lamentar es que desaparezca de estos países cuanto contribuía á darles carácter.



LA ESFERA

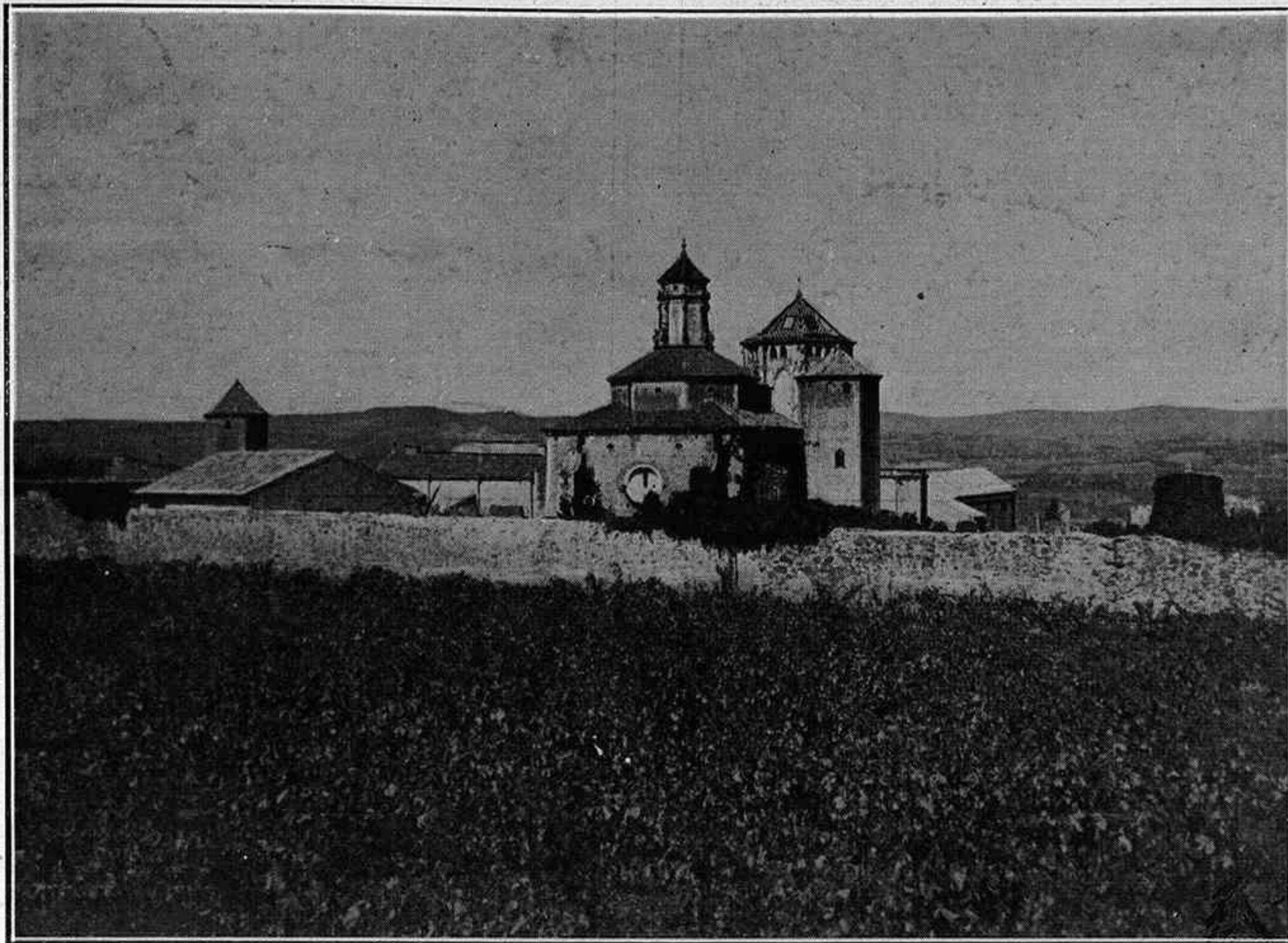
TIPOS MALLORQUINES



MARGUELIDA, cuadro original de Santiago Martínez

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

EL MONASTERIO DE POBLET



Vista general del Monasterio

FOTS. SERVET, CANO Y CARCASONA

El Monasterio de Poblet, acaso la más valiosa joya arquitectónica de la región catalana, hállase situado á unos tres kilómetros de Esplugu de Francolí, y pertenece al partido judicial de Montblanch, provincia de Tarragona.

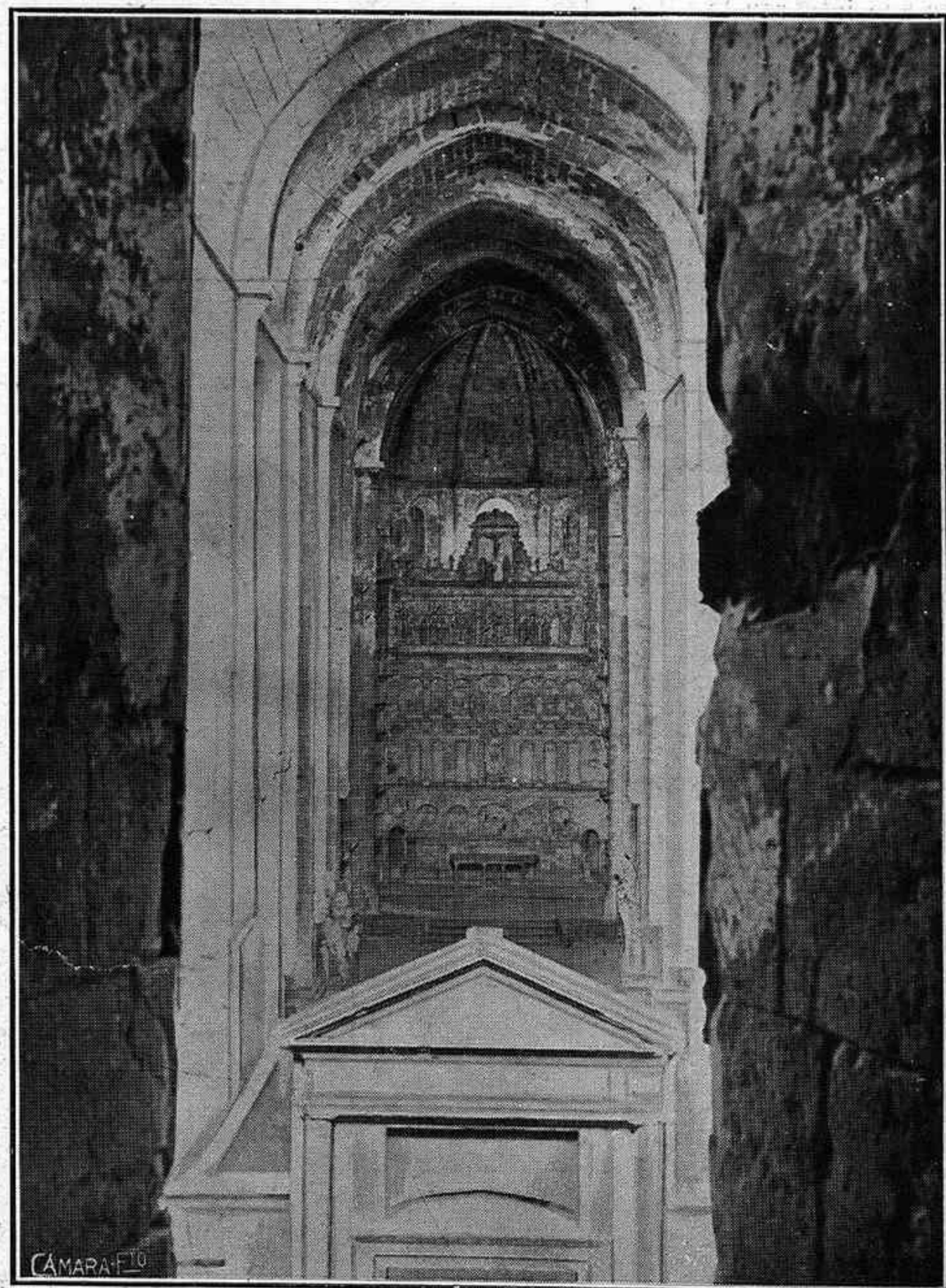
Sobre este admirable monumento han pesado calamidades sin cuento y trastornos inúmeros, y, sin embargo, aún conserva entre sus ruinas bellezas dignas de contemplación. Así se explica la frecuencia con que acuden á visitarle nume-

rosas caravanas de turistas, que recorren el extenso recinto admirando las reliquias artísticas que en él se encierran.

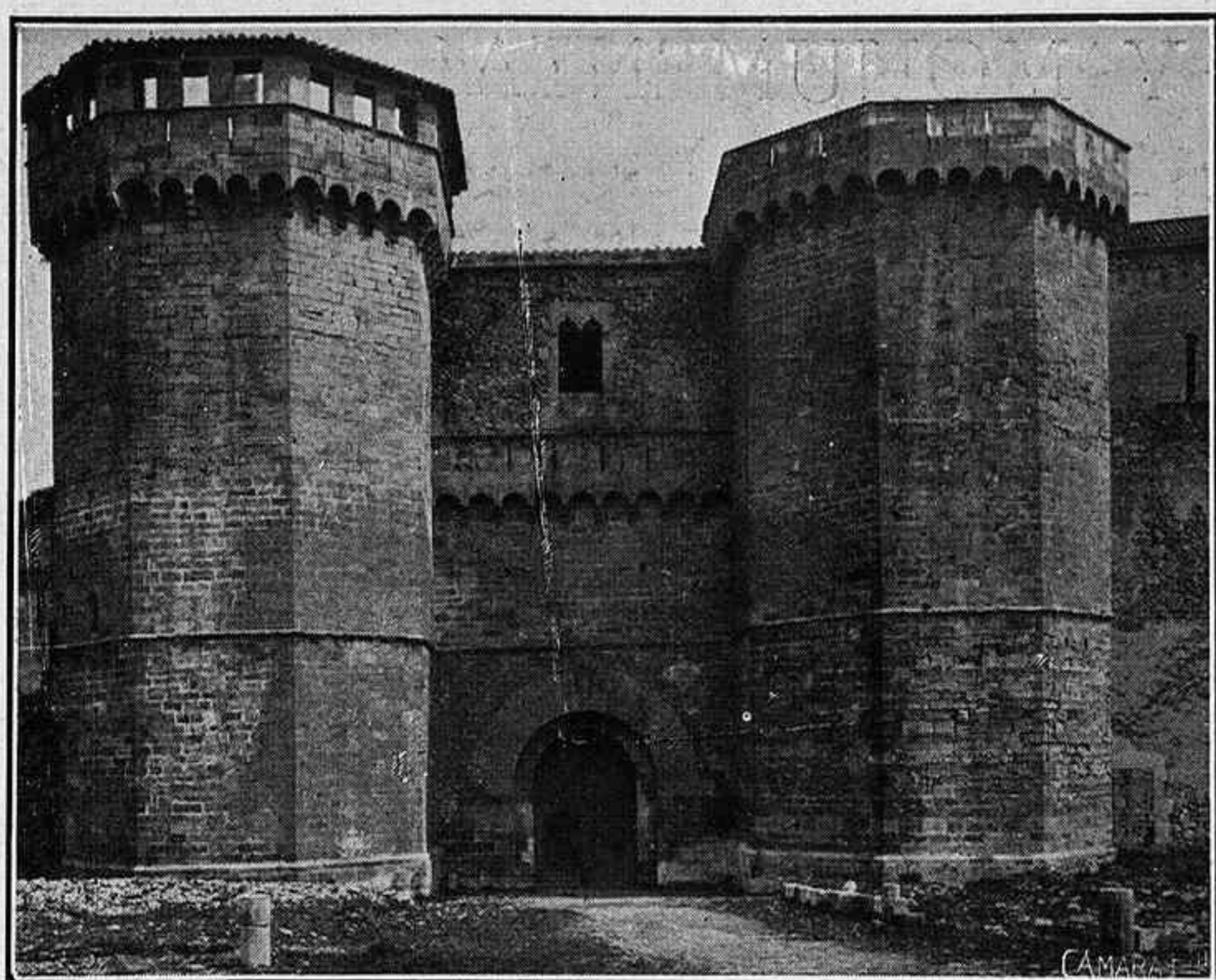
Esta residencia monástica, perteneciente á la Orden de Cister, fué fundada por Ramón Beren-



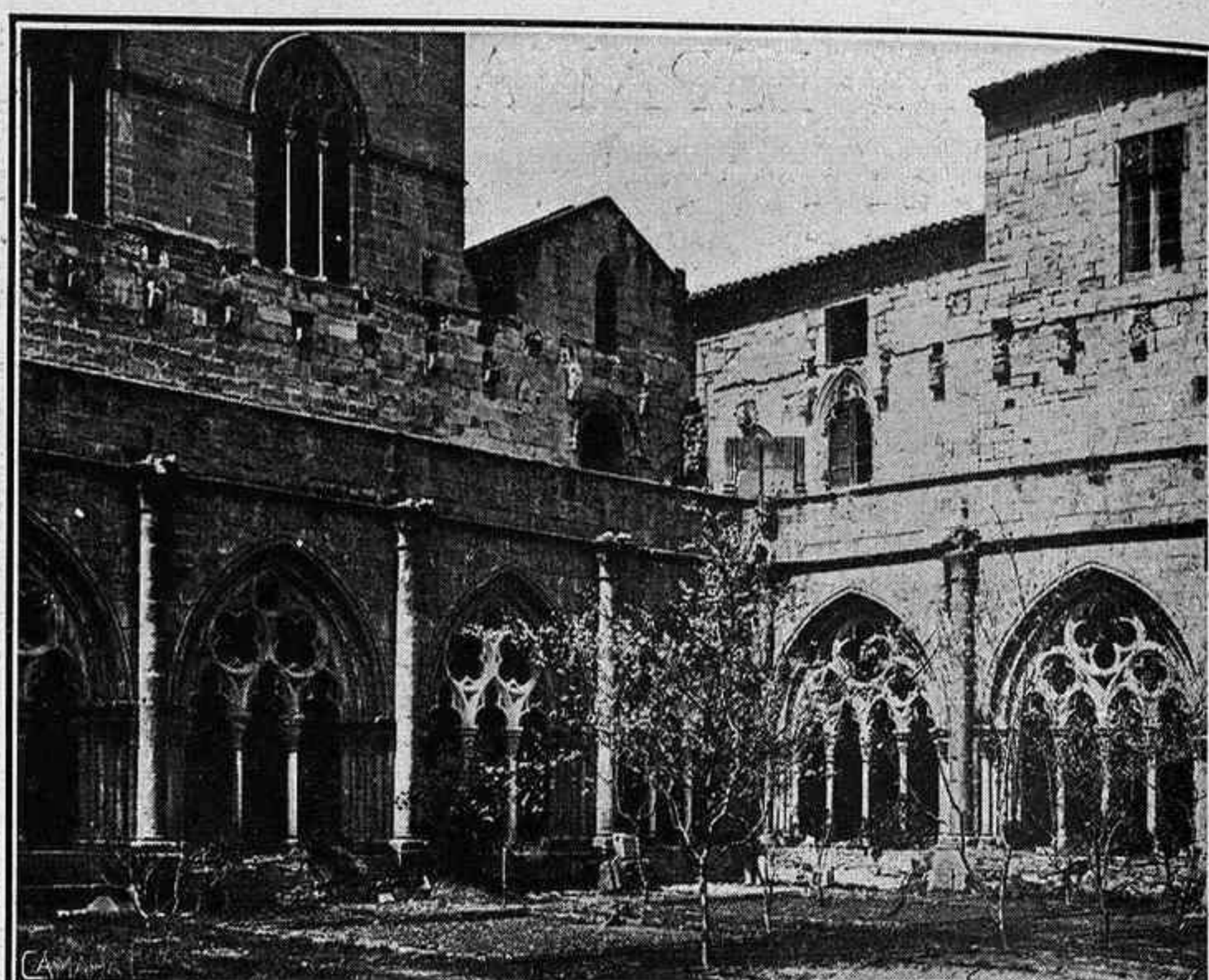
Puerta Dorada



Nave central y altar mayor



La Puerta Real

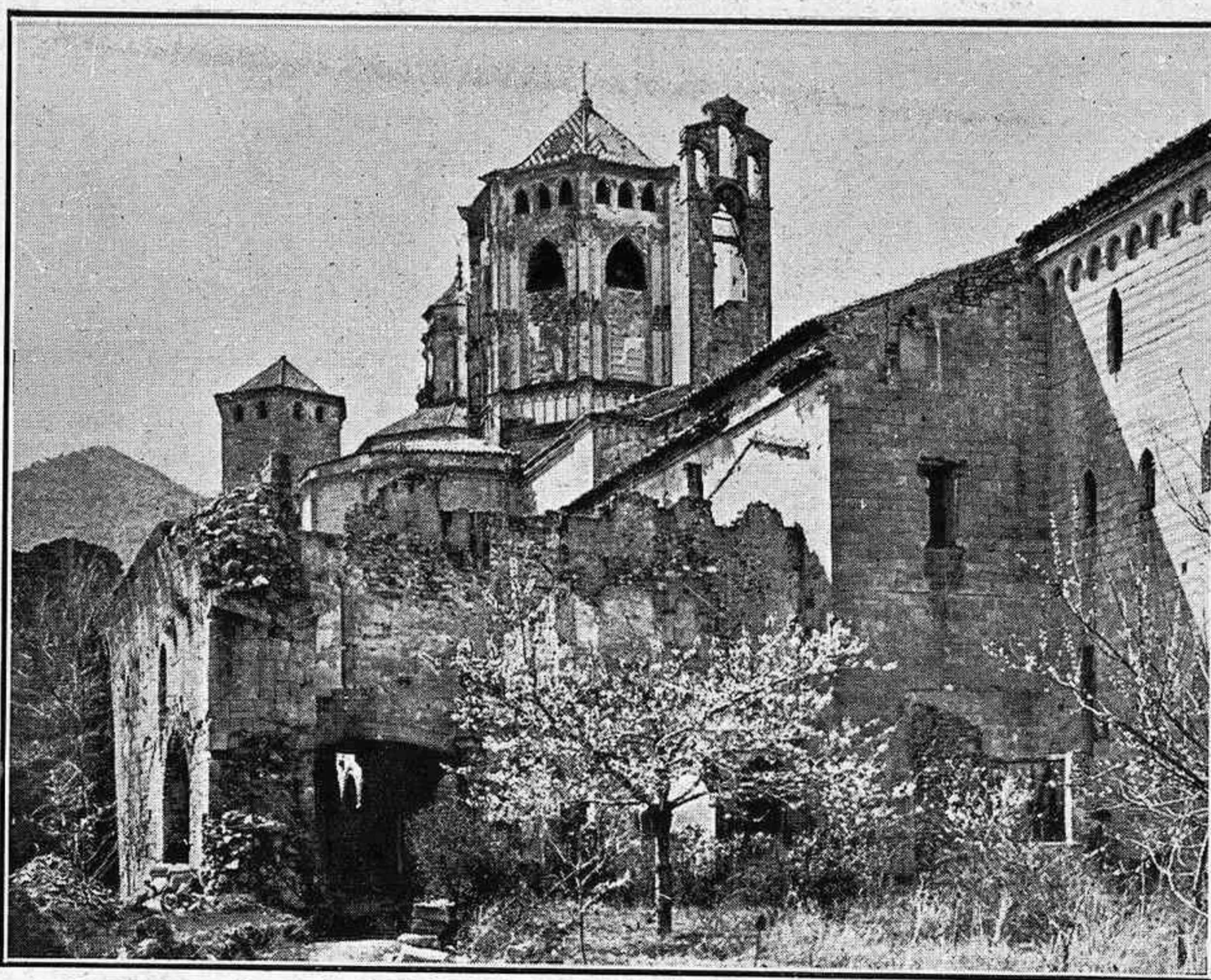


Angulo Noroeste del claustro

guer IV, conde de Barcelona y de Provenza y Príncipe del Reino de Aragón. La donación del Monasterio, hecha al abad de Fuenfría, D. Sancho, tuvo lugar el 18 de Enero de 1149.

Esta portentosa edificación estaba rodeada de un muro de 1.798 metros de largo por 4,68 de alto, con una sola puerta de acceso, que aún se conserva. Dentro del recinto formado por dicho muro se han ido construyendo sucesivamente numerosos edificios, hasta tal punto, que la vasta extensión de terreno con que cuenta el Monasterio semeja una verdadera población.

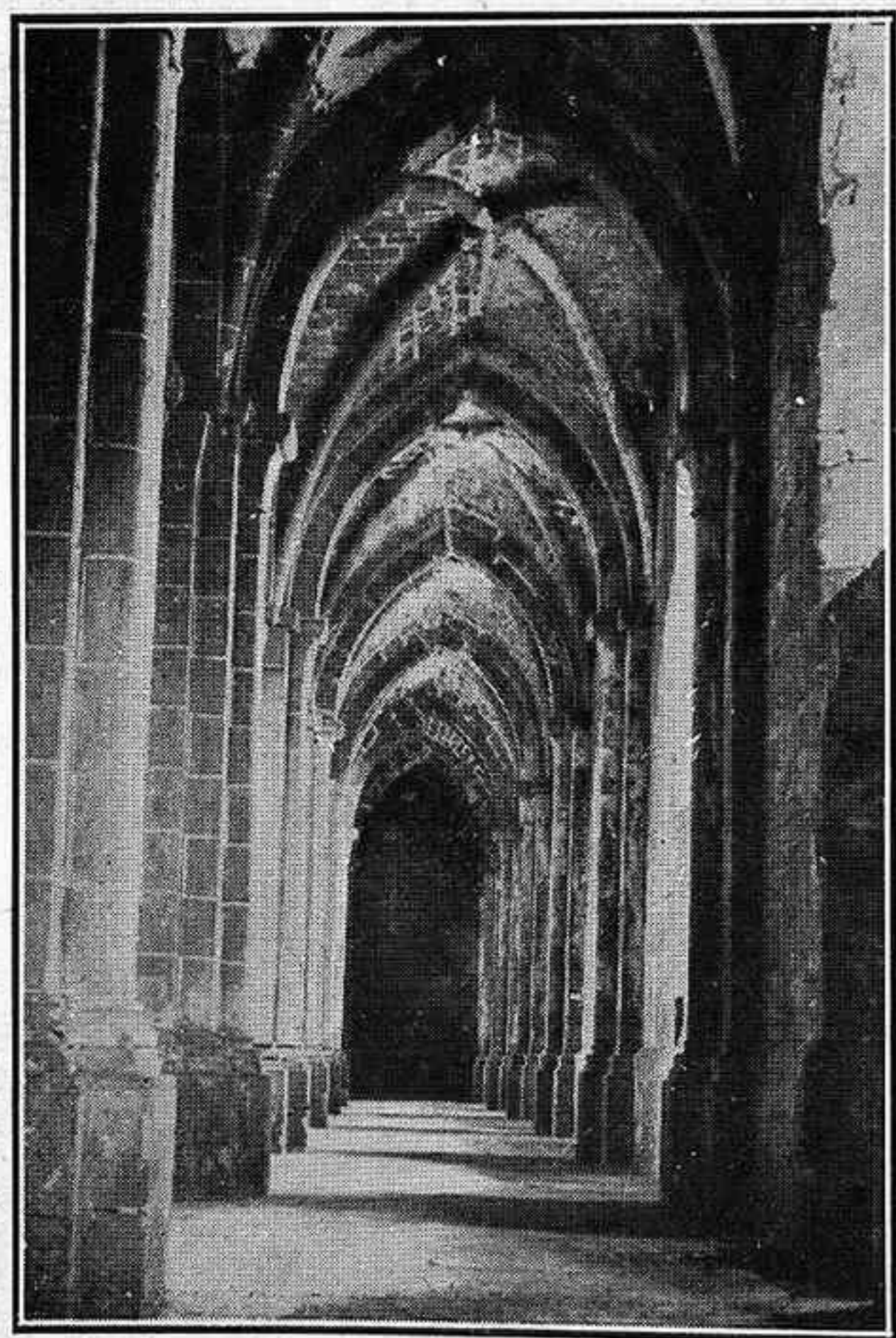
Entre las construcciones que integran la totalidad del Monasterio merecen citarse, por más notables, las casas del prior y el farmacéutico; las habitaciones de los monjes, llamadas Casas novas; la panadería, etc., etc. Cuenta también esta admirable residencia religiosa con torres notabilísimas, por la gallardía de



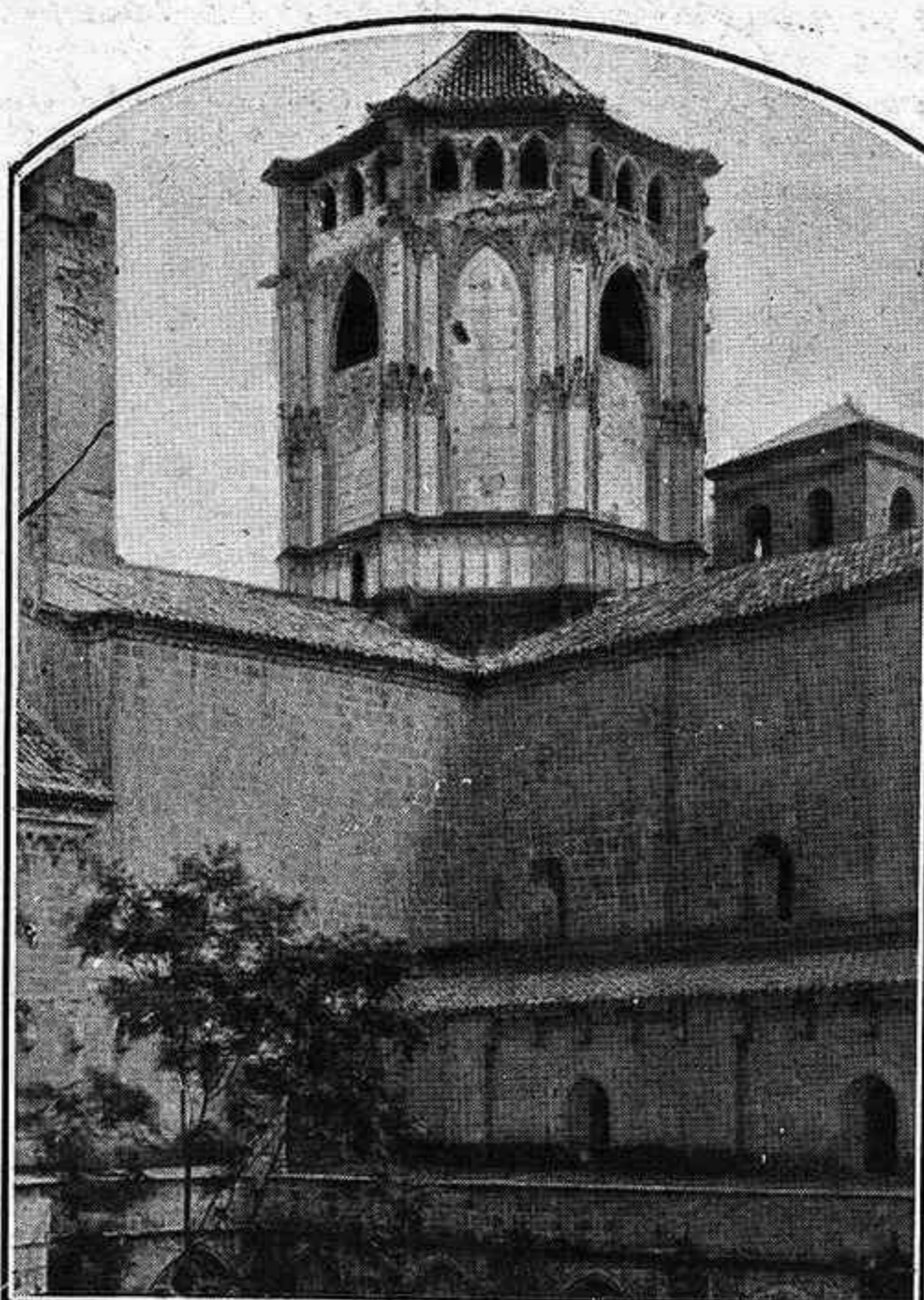
Cimborrio y ruinas de la enfermería

sus proporciones y la esbeltez de sus líneas, cual son las de la Puerta Real, llamada de los locos, las de las cárceles y las del vicario general. Todas ellas se utilizaban como defensas, por lo estratégico y bien combinado de su situación.

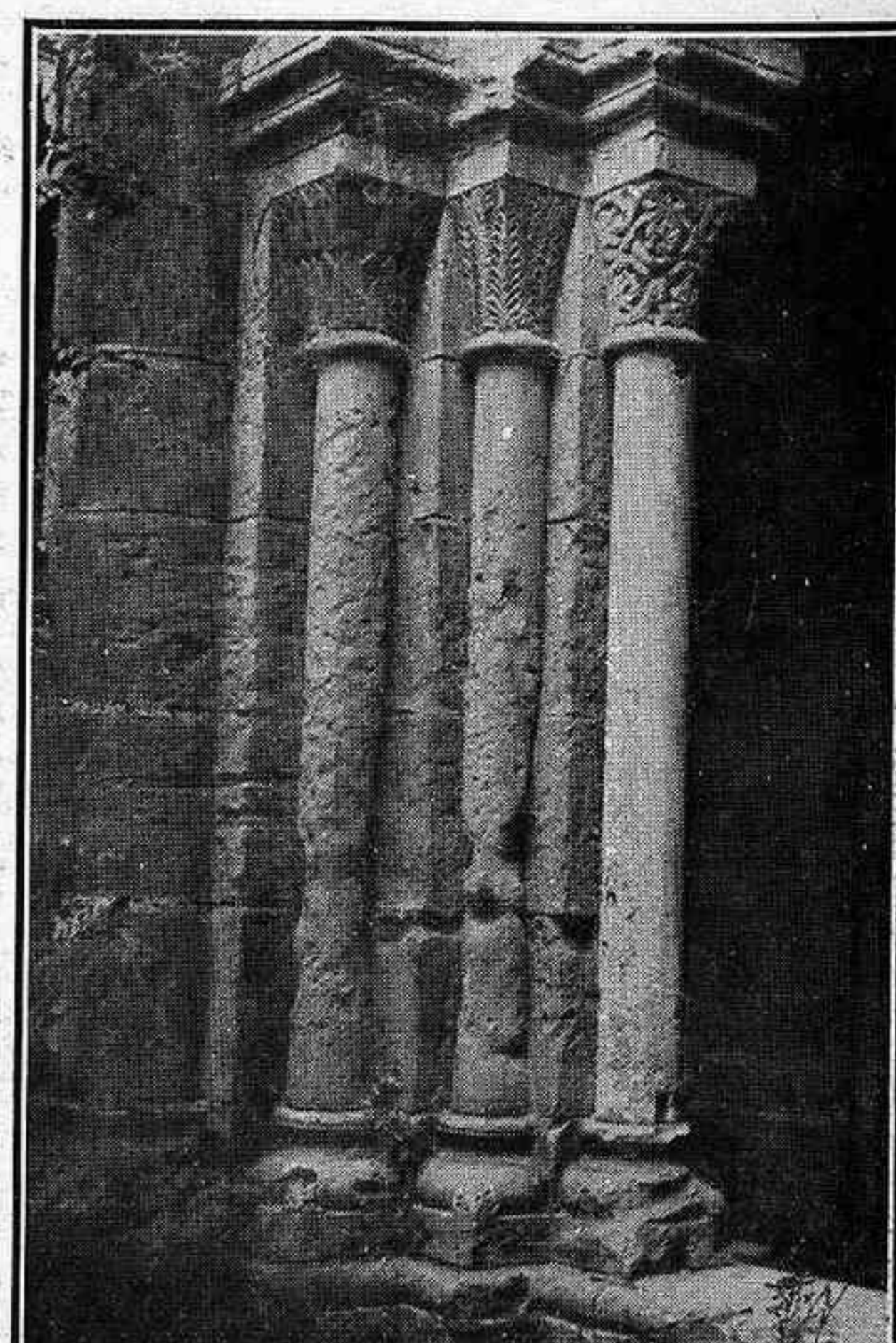
De las obras artísticas que figuran en el Monasterio son dignas de mención la Puerta Dorada, construida con motivo de una visita que hizo Felipe II, por los abades don Miguel Delgado y don Juan Payo Coello, y la capilla de San Jorge, de estilo ojival, construida en 1442 por el abad don Bartolomé Conill, de orden de Don Alfonso V de Aragón. Aparte su gran valor artístico, la fama de esta puerta se debe á que ante ella doblaban los Monarcas la rodilla antes de penetrar en el Monasterio. Es asimismo muy notable la fachada de la iglesia mayor, construida también por mandato de Berenguer IV. La decoran



Una de las naves laterales de la iglesia



Cúpula y ábside de la iglesia



Columnas y capiteles del claustro principal



Claustro interior

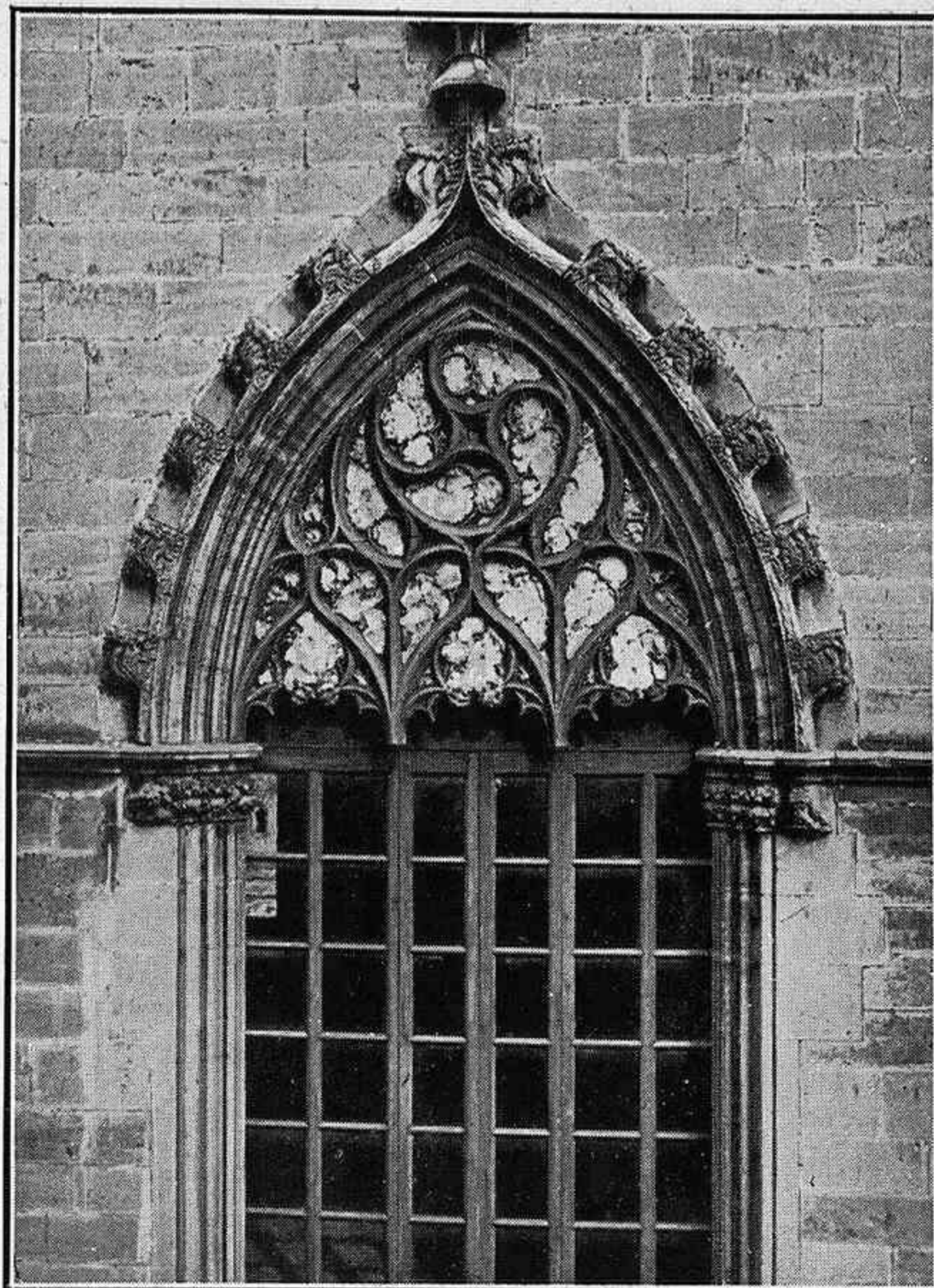
columnas de jaspe, y entre ellas se conservan aún las estatuas de San Benito y San Bernardo.

La Puerta Real pertenece al siglo XIV y está decorada con los escudos de Aragón y Cataluña. Fue construida por el abad D. Guillermo de Agulló.

En el claustro principal, cuya construcción empezó en el siglo XII y continuó en el XIV, hállase el templete románico y el refectorio. Las obras del Palacio del Rey Don Martín las mandó hacer el propio Monarca Don Martín *el Humano*. En 1397 sufrieron las obras del Palacio una nueva paralización, siendo reanudadas en 1632 por Don Felipe.

Cuenta el Monasterio del Poblet con magníficas sepulturas de gran mérito arqueológico, cual son las de Don Pedro IV, Rey de Aragón; Don Jaime I *el Conquistador*, fallecido en Valencia en 1276; Doña María de Navarra, Doña Leonor de Portugal, Doña Leonor de Sicilia, Don Fernando de Antequera, Don Alfonso II, hijo de Don Ramón Berenguer IV; Don Juan I y Doña Matea Martha de Armeñach, esposa de Juan I y sobrina de Carlos V de Francia.

También recibieron sepultura en el mismo Monasterio los despojos de la Infanta doña Juana de Aragón, condesa de Ampurias, hija de Don Pedro IV y Doña María de Nápoles; los de D. Ramón Folch



Ventana del Palacio Real



Patio interior del Palacio

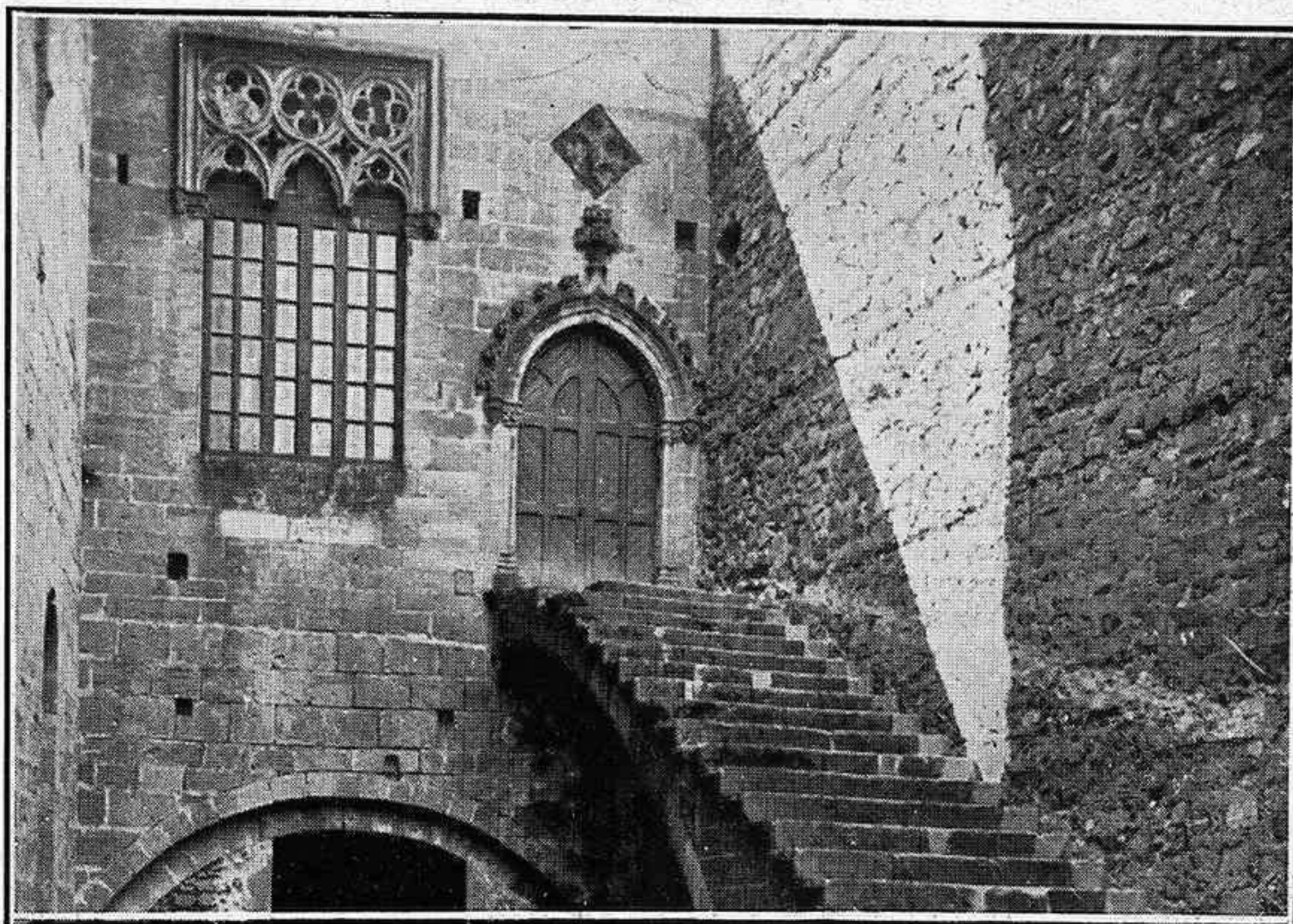
de Cardona, décimo vizconde de este nombre y defensor de Granada contra los franceses en tiempos de Pedro *el Grande*; los de Alfonso V *el Sabio*, que murió en Nápoles en 1458, de donde fue trasladado en 1671, y los de Don Enrique de Aragón, primer duque de Segorbe, hijo de Don Fernando I y Doña Leonor. En otras sepulturas se enterraron los restos del Infante don Pedro Fadrique de Sicilia y de D. Carlos, Príncipe de Viana, que en 1472 fue trasladado del

presbiterio de la catedral de Barcelona, donde yacía, á este Monasterio. Casi todas las tumbas existentes están ruinosas, habiéndose trasladado en diversas épocas sus joyas artísticas á distintos museos provinciales.

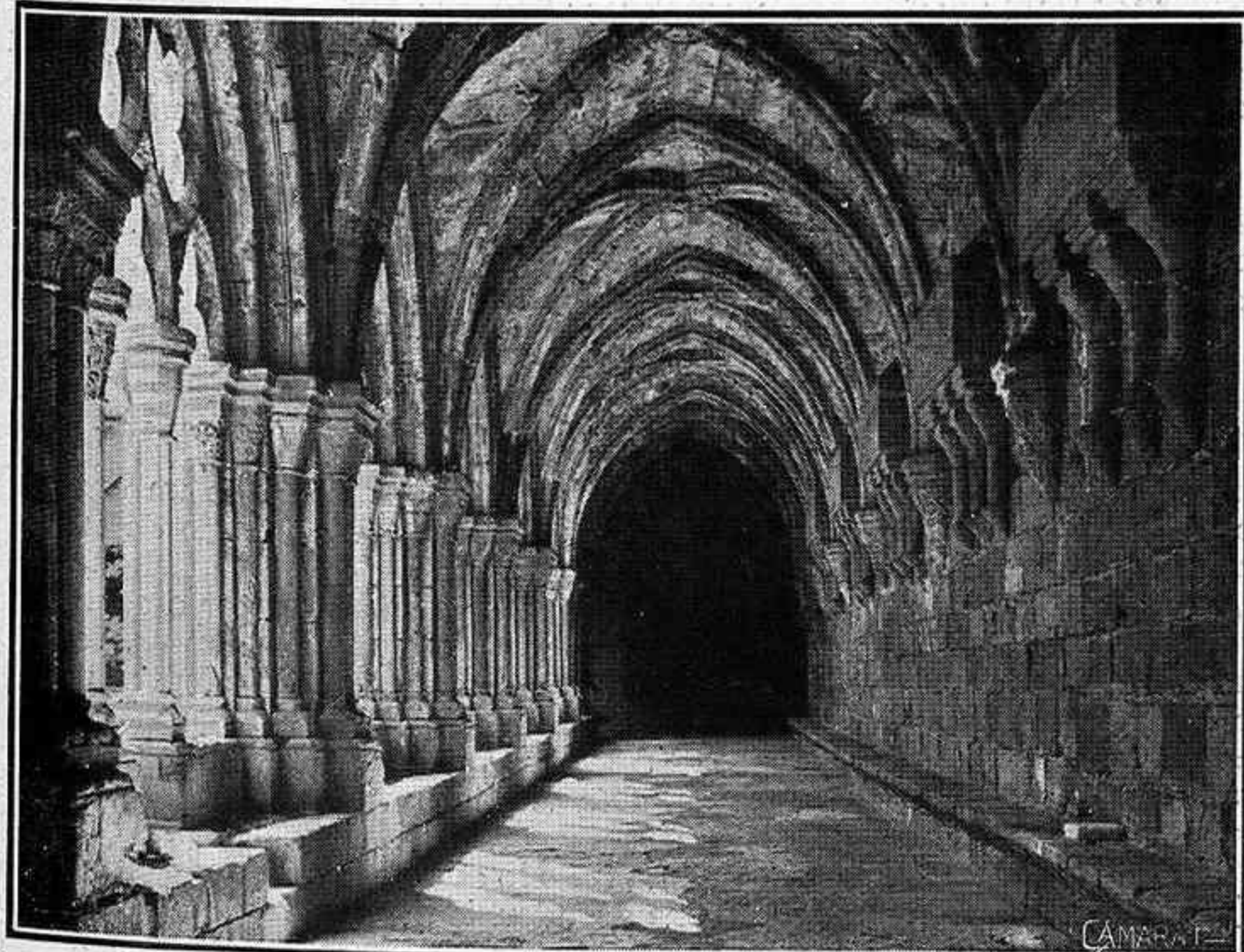
Las luchas políticas de 1835, y los incendios, alteraron la paz de los monjes, obligándoles á abandonar el Monasterio, que fue más tarde saqueado y destruída la mayor parte de su tesoro artístico, no obstante lo cual, aún puede considerársele como uno de los monumentos religiosos más notable de España. Sus méritos artísticos le han hecho alcanzar la denominación de *Escorial de Cataluña*.

Las fotografías de este artículo dirán más de la belleza del Monasterio de Poblet que cuanto pudiéramos añadir.

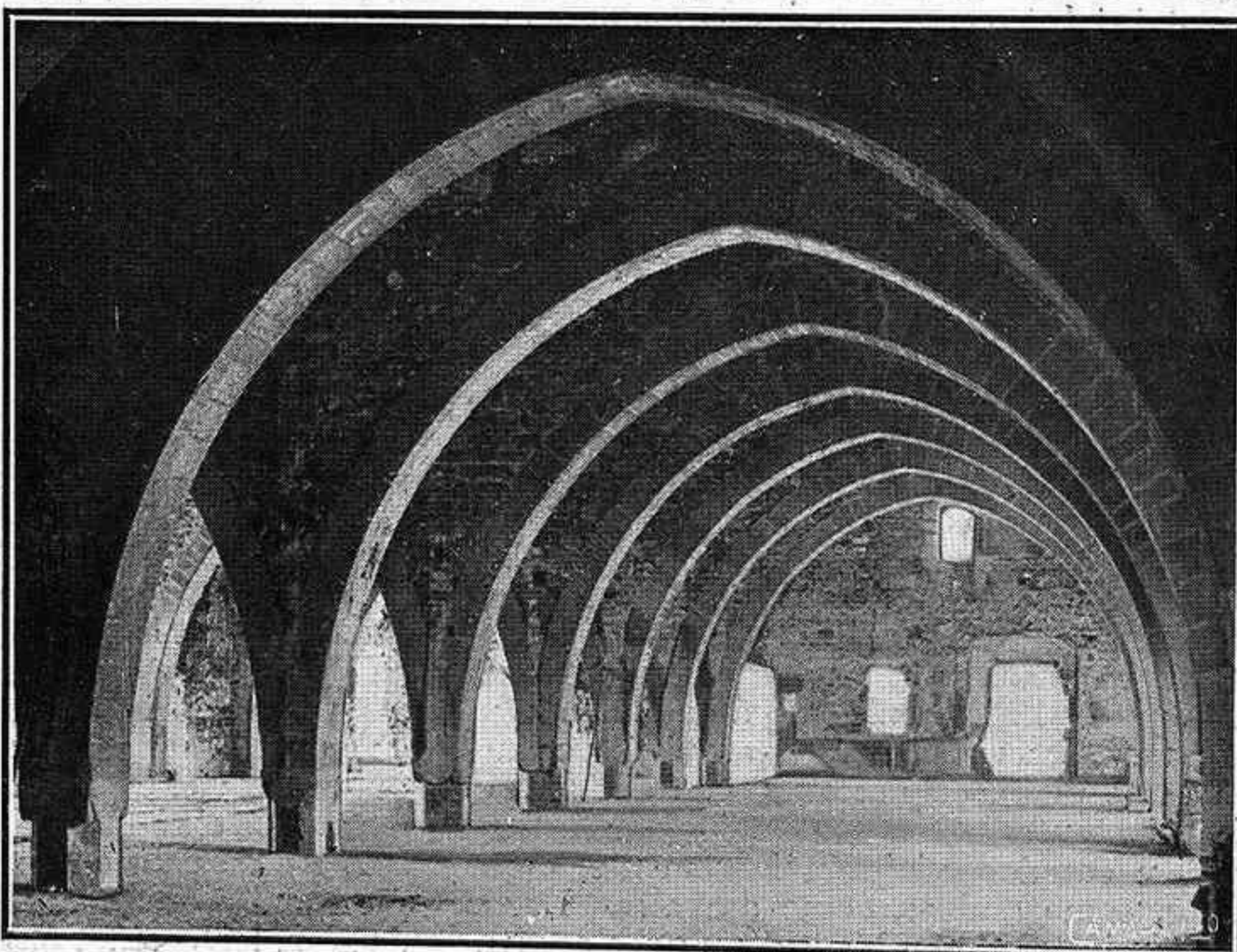
Pedro CANO BARRANCO



Escalera del Palacio Real



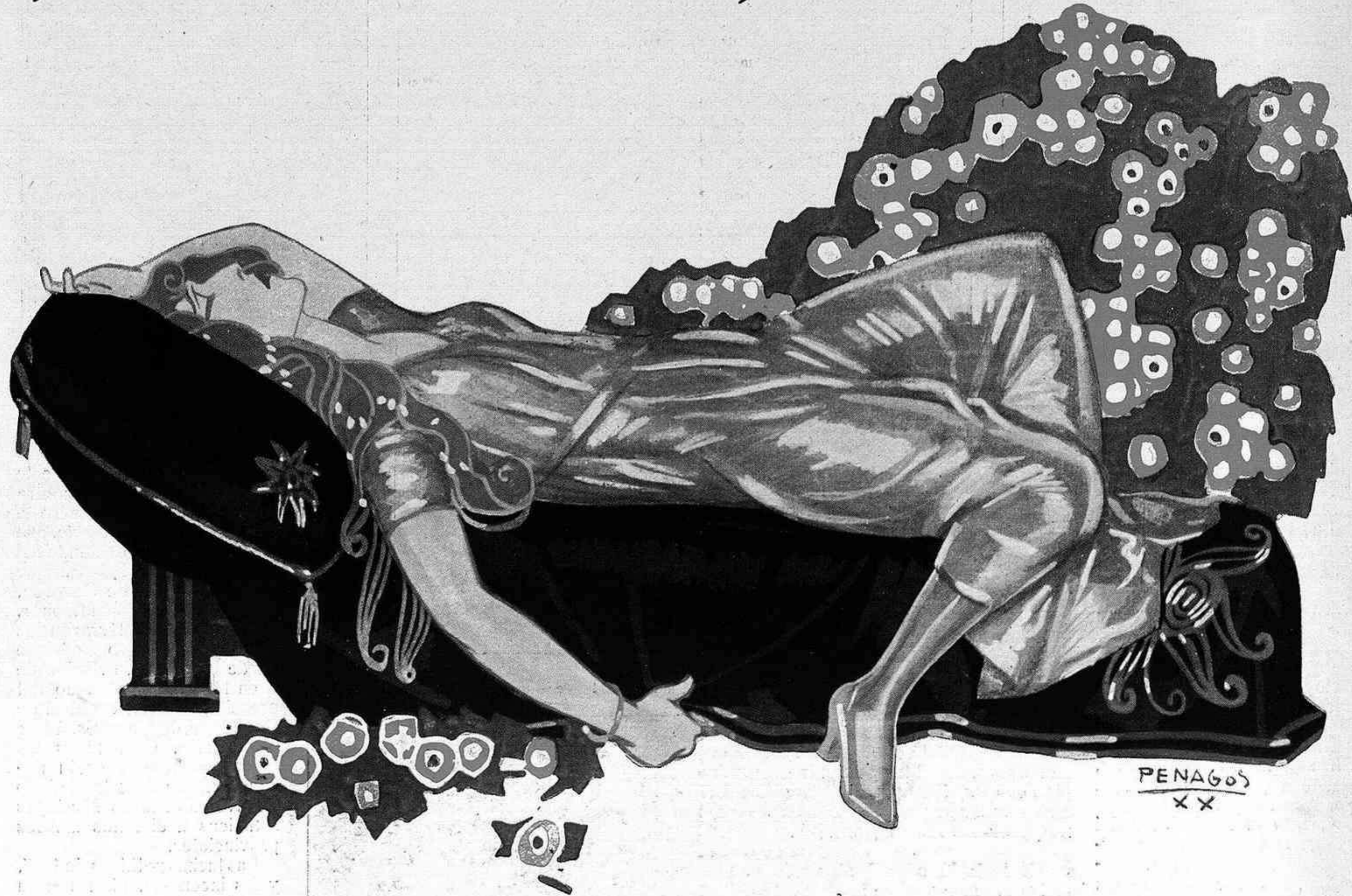
Galería Poniente del claustro



Vista general de los dormitorios

CUENTOS DE "LA ESFERA"

Para ser bella siempre en el recuerdo



LORABA dulcemente Elena, como una reina destronada.

De bruces sobre la frágil mesa de cristal y cedro, sollozaba en su tocador, de sobrias tonalidades rosa y sepia. Entre los largos dedos sutiles, de esmaltadas uñas y nacarinas transparencias, oprimía un finísimo haz de cabellos de plata. Su semblante tenía el desconsuelo de quien, al desprender una hoja del calendario, en horas dichosas de inconsciencia, descubre una fecha dolorosamente memorable.

¡Treinta y cinco años!... Como en un sueño había vivido hasta entonces, ajena á la noción del tiempo, indiferente á la prodigiosa labor destructora del minuto que se sucede, creándose y devorándose á sí misma. Si la felicidad consiste en olvidarnos de los demás y aun de nosotros, libres del tiránico contraste con la realidad ambiente, Elena vivió feliz durante quince años... porque ignoraba haberlos vivido.

La opulencia, como un huerto de sazonados frutos, había inclinado en todo momento, á su paso, las ramas colmadas de sus árboles oferentes.

Cuando salió del colegio francés donde se educara, conoció á José Luis Seigland en un campo de *tennis*, quedando presa su alma velívola en el encanto que la arrogancia de aquel hombre le produjera. Era ingeniero de caminos. Fuerte, gallardo, inteligente; de compleción robusta; bello y equilibrado como un atleta.

Elena — hija de un rico banquero — era alta, rubia, esbelta, proporcionada, de belleza canónica, como una antigua diosa de mármol. Galanteada algunos meses por José Luis Seigland, ella — que se habría enlazado á su cuello, rendida en el primer momento — esquivó sus finezas cuanto pudo, coqueteando con él hasta el último instante.

Recién casados, viajaron largamente, como esposos, como amigos, como amantes. Luego se habían instalado en Madrid, un poco apartados siempre de los convencionales ritos de la

buena sociedad», á la que por herencia, aunque no por temperamento, pertenecían. Poco á poco, habían hecho de su vida común una obra de arte, de su casa un museo. Empezando, como la mayoría de los enamorados, por puerilidades, por naderías de esas que son como el mínimo común múltiplo de todos los infelices que se aventuran á compartir su vida con otra persona, habían llegado — por selección y sin darse de ello cuenta — á depurar sus afinidades, quintaesenciando su existencia á tal punto, que los que antaño condensaron la suya en este lema: «La vida es bella porque nos amamos», podían ahora sintetizarla en este otro: «Amamos la vida porque hemos sabido embellecerla.»

Siendo distintos y personales, con criterio independiente cada uno para juzgarlo todo libremente, habían logrado, sin proponérselo, un ensamblaje espiritual perfecto, que obraba en ellos el milagro de hacerlos creer grato el don miserable de la vida.

Hay una verdad — afortunadamente, poco divulgada —, y es que sólo la contemplación de la Belleza eleva los corazones á regiones más puras que las de la Economía, la Moral y otras entelequias como éstas, mayúsculas y despreciables.

En Elena, soberanamente hermosa al casarse, el sentimiento innato de la Belleza habíase ido manifestando con mayor intensidad á medida que el carácter singular de su Pepe Luis fué desarrollándose ante su alma feliz y estupefacta. Ella, que en los blancos años colegiales había cursado — en las nubes viajeras del crepúsculo, en los árboles del jardín, en los mapas de las clases — los deliciosos estudios del Ensueño, veía en su marido superadas todas sus ambiciones de mujer exquisita por temperamento, romántica por fueros abriños de su juventud. Seigland no sólo era arquetipo de masculinidad sana, fuerte y armoniosa, sino un raro ejemplar de hombría de bien: leal, comprensivo, animoso, trabajador, sencillo; desdeñoso á toda plebeyez, abierto á

todo sentimiento noble; siempre bajo la luz meridiana de la ecuanimidad más perfecta.

Otra virtud tenía que Elena no quiso reconocer jamás: la de haberle sido fiel, increíblemente fiel, desde que la conociera. Hombre en quien la integridad física y la del alma marchaban paralelamente, amar á Elena fué para él consagrarle su ambición, su virilidad, su pensamiento, su vida. Verdad que, de vez en vez, la oficiosidad de las buenas amigas, la amable indiscreción de los salones mundanos, habían descubierto á Elena galantes devaneos pretéritos, anteriores todos á la época en que empezó á cortejarla. Verdad también que esta fama, lozana aún, de hombre de amoríos la había impelido á fantasear en torno á la figura de su «Don Juan», como ella — coqueta siempre, siempre soñadora — le llamaba...

Pero de estos temores infundados, de estas sospechas y celillos de gata enamorada, al más leve fundamento de duda, mediaba una distancia enorme, que ella se obstinaba en salvar de un salto, atribuyendo á Pepe Luis las más irresistibles dotes de seducción mefistofélica.

La mutua comprensión y el mutuo amor á la Belleza habían ido atenuando paulatinamente estas inquietudes de Elena, influyendo también no poco á tonificarla con la confianza, la certeza de su hermosura, impar entre las mujeres hermosas de su tiempo.

Y era cuando el fiel contraste de un espejo Luis XVI había hecho renacer, como de entre cenizas, de entre la plata de aquel mechoncillo de canas, el fuego apasionado y devorador de unos celos terribles, de esos celos lentos, tenaces, silenciosos, que matan al que los siente, cuando no mueven su mano — que no supo sino de caricias — á la venganza.

¿Cómo había vivido hasta entonces, insensatamente risueña, olvidada de la ley inexorable que condena todo lo que nace y alcanza una plenitud á una decadencia inevitable, á una muerte segura?

De súbito intentó sobreponerse á su dolor,

conteniendo el sereno caudal de su llanto. No, no, llorar era envejecer. Había que combatir el ocaso inminente que aquellas canas prematuras le anunciaban. Se incorporó, y alisándose con suavidad el tocado, se esforzó por sonreír frente al espejo delator de su juventud fugitiva.

Realmente, estaba bella en aquella pose de decadencia. ¿Pose?... No. Era demasiado sincera su negligencia para ser una actitud estudiada. Eran cansancio físico, agotamiento voluptuoso, ocaso; ocaso, decadencia...

Ya no era la suya la gracilidad fuerte y vibrante de los treinta años, cuando sus piernas eran blancas y firmes, como los mármoles que sostienen la cúpula de los templos; ni sus caderas potentes, llenas de contenidos ímpetus engendradores de vitales deleites; ni su seno pujante, como nidial de pájaros que se debaten por el vuelo libre; ni sus hombros eurítmicos, perfectos, como graciosos arcos rosados entre los brazos, amorosamente impacientes, y la cabeza erguida, juvenil, llena de vivacidad, de salud, de alegría...

Ahora, pasada la plenitud, el descenso vendría rápidamente. Y era en vano procurar detener el invisible aluvión de cenizas que desde el vértice donde culminó su belleza caería sobre ella, empolvando su cabellera; arrugando la piel de su rostro, tersa todavía; estilizando sus manos hasta transparentar los huesos; encorvando su cuerpo al peso de su vida colmada, como una rama bajo el agobio de sus frutos maduros.

Instintivamente miró en torno suyo. Todo, menos su propia hermosura, le hablaba de la eternidad de la Belleza. En un ángulo de la alcoba, la Venus de Milo, reproducida en mármol a la mitad de su tamaño, sin luz en las pupilas, sin el encanto de la risa en los labios, sin vibración y color en la piel, sin brazos que enlazar amantes al cuello de un hombre, parecía desafiarla serenamente, con tácito reto, a conservar el amor invariable de su Pepe Luis. Elena, la espléndida mujer que había encendido de deseos los ojos de miles de hombres a su tránsito por las calles de las ciudades diversas, pasaría «también» para su marido, como pasó para cuantos un momento la habían admirado al cruzarse con ella en el camino de la vida. La Venus no pasaba, no pasaría jamás, mientras en el hombre alentase un anhelo de formas perfectas, porque ella era la perfección de lo inmutable, de lo que por no ser perecedero, no tiene ayer ni mañana. Elena envejecería, y Pepe Luis, que aún no había llegado a los cuarenta años, seguiría amando, no a «una mujer», a ella, sino a la mujer que, como la Venus marmórea, no envejece tampoco, porque se renueva constantemente el cortejo interminable de las vírgenes que se desposan con el Ensueño cada nueva primavera.

Tras los cristales biselados del balcón, los árboles del boulevard, que empezaban a engalanarse con las hojas verdes de Marzo, le hablaban de la eterna juventud de la tierra, dormida aparentemente bajo el armiño del invierno; pero siempre en germinación fecunda, plena de vitalidad inagotable.

Miró al sol, al cielo azul que las primeras estrellas de la tarde constelaban de diamantes. Y se sintió más pequeña, más frágil, más pasajera que nunca, ante la maravilla celeste, profundamente bella miles de siglos antes de la aparición del hombre, impasiblemente bella después que la tierra vuelva a su soledad primitiva...

¡Pasar, pasar!... ¡Este era su destino! Pero lo que la apenaba, llenando de una inefable amargura su corazón, era pasar para su marido, pasar cuando él todavía tuviese ansias de belleza en las pupilas, setibundos de besos encendidos los labios... ¡No era miedo a morir! Ella hubiese dejado la vida en cualquier momento entre sus brazos, si él le hubiera propuesto abandonarla ambos simultáneamente. ¡Extinguirse poco a poco era lo que rehuía; vulgarizarse, confundiendo con la masa anónima de las ruinas de bellezas que en el mundo han sido! ¡Dios mío! ¿Había algo más triste, más desolador que «haber sido», que «haber pasado»? La vida es como un paseo definitivo a lo largo de un maravilloso sendero por el que nunca más hemos de volver.

Y esa es la tristeza de la vida, su encanto

Oriente, perdería su turgencia, palideciendo, como si se envolviese en un velo terroso... ¡Asomaría junto a las sienes la pata de gallo, terror de las solteras impenitentes! El busto perdería su arrogancia, depauperándose, como queriendo con su flacidez, al descender a lo largo del pecho, buscar las ubres de la tierra madre, de las que se nutriera.

Y su Pepe Luis, insensiblemente, iría atenuando su fervorosa admiración; lo que fué culto exclusivo por ella, se convertiría paulatinamente en costumbre, en tolerancia; la antorcha del deseo, que iluminaba con santa alegría radiante la vida de ambos, para no apagarse en su marido, buscaría el incentivo de su fuego en la juventud de otras mujeres...

Un día, de su belleza no restaría más que un recuerdo en el corazón de Pepe Luis, y como testimonio único, un gran retrato — borroso ya por la pátina del tiempo — presidiendo la soledad del despacho, como el ara abandonada de un rito ya olvidado.

Elena tuvo el raro valor de los grandes espíritus: el valor de no sobrevivir a su esplendor culminante.

Cuando aquella noche regresó Pepe Luis a su casa, la enamorada le aguardaba más bella que nunca y más amorosa que en ninguna otra fiesta de su apasionado idilio. Verdaderamente, valía por toda una vida el gesto admirable con que Elena ciñó sus blancos brazos aquella noche al cuello de su esposo. Y por toda una eternidad, el amor que aquella noche incendió magníficamente la alcoba donde Elena oficiaba a un tiempo la apoteosis y el funeral de su belleza.

ooo

A la noche siguiente, pretextando un liviano malestar pasajero, Elena se retiró a sus habitaciones particulares. Cuando Pepe Luis entró a la mañana a saludarla, estaba tendida en un canapé, junto al balcón del jardín, como dormida en la semiobscuridad de la estancia, velada por el tamiz crema de los estores.

El aire, pleno de fragancias, colmado con el aroma de miles de flores diversas, enrarecido por innumerables perfumes, envolvió a Pepe Luis en un vaho pesado y cálido, como en una caricia letal. Abrió las puertas del balcón, y el sol entró a raudales, en una epifanía de gloria, de vida, de eterna juventud y de belleza.

Elena estaba más hermosa que nunca, envuelta en su kimono de seda blanca, bordado de crisantemos amarillos y de heliotropos grises; canónicamente perfecta en su definitiva inmovilidad,

como la estatua yacente de Ariadna. La estancia, cubierta por completo de flores; las mesas y las vitrinas, repletas de pomos de esencias, vacíos, delataban su decisión de morir deliciosamente, sin que se alterase la pureza de sus líneas, sin que la sonrisa que iluminaba su rostro se trocase en un rictus de dolorosa despedida.

Y en verdad, había hecho de su muerte, como de su vida, una obra de arte insuperable. Estaba tan hermosa, que Pepe Luis, sintiendo un subitáneo derrumbamiento de su razón, no se atrevió a besarla, religiosamente respetuoso ante la rara perfección de su belleza inmóvil.

Cuando apartaron de aquella extraña cámara mortuoria al amante, dulcemente risueño y contemplativo frente al cadáver de su esposa, la Locura le había hundido su garra en el cerebro, donde ya nunca se reflejaría otra visión que la de Elena, indeleblemente bella en el recuerdo.

JUAN GONZALEZ OLMEDILLA

DIBUJOS DE PENAGOS



melancólico: el imposible de gozar dos veces su belleza.

Elena miraba, horrorizada, el porvenir cierto de su amor. Sabía que las mujeres maduras, como las tardes del invierno, tienen un momento inefable de hermosura refleja, ese instante en que, hundido por completo el sol tras el horizonte de púrpura, vibra todavía en el cielo una llama de oro que viste de amatistas los árboles de los parques, de rubies los cristales de la ciudad, de topacios los ojos de los transeuntes... Ella se encontraba en esa hora fugaz... y decisiva. A partir de esas canas primeras, el derrumbamiento vendría lento, pero inevitable. Hoy sería el hallazgo de otro ricillo de plata; mañana, la arruga imperceptible que frunce la comisura de los labios en un suave gesto de cansancio. Luego, el surco de las ojeras se haría más dilatado y más profundo. Lo que fué hasta ahora un lunar delicioso — tácita invitación al beso —, se endurecería, convirtiéndose en verruga; la piel, tersa y rosada como una porcelana de

:: NOTAS :: LA EXPOSICIÓN BERTHE MORISOT



"Retrato de la pintora Berthe Morisot", hecho por Manet



"La «toilette»"

que se somete á su admiración. Recordemos que Berthe Morisot nació el 14 de Enero de 1841, y que tuvo como maestros á Guichard, alumno de Ingres, y más tarde á Oudinot, amigo de Corot. Hizo además copias en el Louvre, en la misma época en que Fantin, Bracquemond y Manet trabajaban en el Museo; debuyó en el Salón en 1864 y siguió exponiendo hasta 1874. En 1869 conoció á Manet, quien le hizo varios retratos, y con cuyo hermano se casó en 1874. Sus cuadros, sus pasteles y acuarelas, que pronto iban á disputarse los Museos del mundo y las Exposiciones particulares, se vendieron el 24 de Marzo de 1875, en el hotel Drouot, á unos 175 francos más ó menos. Expuso con el grupo de los impresionistas, que tanto escandalizaban entonces, durante varios años. Fué también amiga de Stephane Mallarmé, el más delicioso poeta de su época, y murió el 2 de Marzo de 1895.

Las obras de Berthe Morisot tienen todo el sabor de su época: 1864-1874... Estas fechas conmueven siempre á los hombres de nuestra generación. Un gentilhomme muy viejo me decía un día: —No puedo oír hablar de 1830 sin acordarme de mi abuela; es un recuerdo muy vago y algo pueril, pero que me ha sugerido siempre con una gran intensidad toda una sociedad desaparecida tan próxima á mí, que me han dado ganas de llorarla.

Los cuadros de Berthe Morisot tienen sobre todo ese atractivo de «sociedad desaparecida» de que hablaba el viejo gentilhomme. No porque los asuntos de sus cuadros sean anecdóticos—en sus tiempos no se tenían bastantes sarcasmos para los pintores de historia—, sino por el estilo con que están ejecutados.

Ese estilo está compuesto de todas las gamas sensibles de Manet, de Sisley y de Renoir; el cuadro titulado *La toilette* es el que más revela la influencia de éste último. Pero si interpretó, quizás involuntariamente, á estos tres pintores, añadió en cambio una sinfonía delicada, femenina, casi enfermiza y... muy hábil, que ha bastado para que se le atribuya lo que se llama hoy en día una personalidad.—DARIUS FROSTY

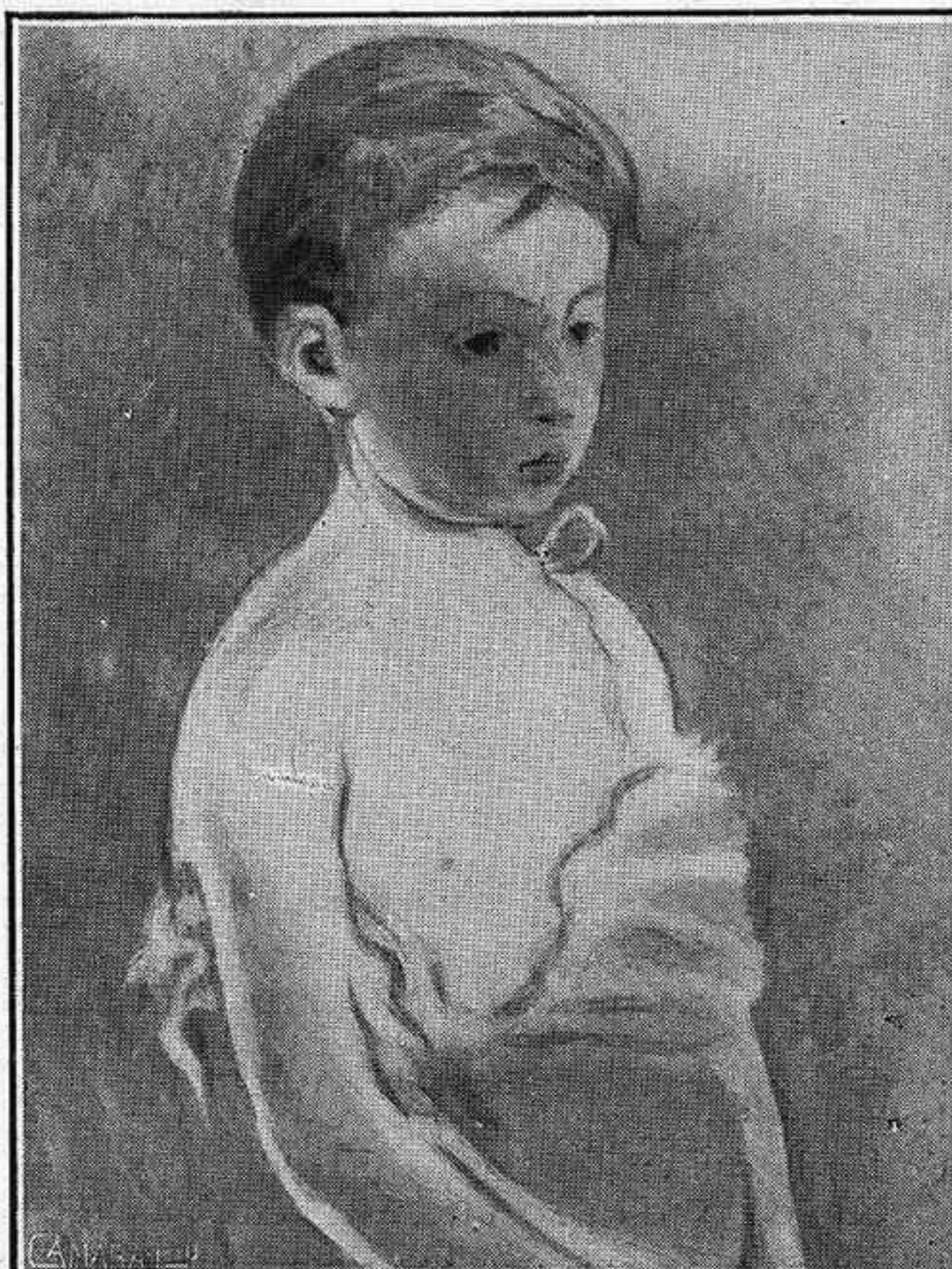
LA Galería Bernheim-jeune, con el fin de rendir homenaje á la memoria de Berthe Morisot, ha reunido en sus salas de exposición un centenar de obras de esta artista.

Se ha hablado mucho de Berthe Morisot durante estos últimos años; los pintores, los que han muerto, tienen esas épocas de boga que uno no se explica y que, según ciertos espíritus escépticos, están organizadas por una Bolsa de agiotaje donde operan los hijos de Israel...

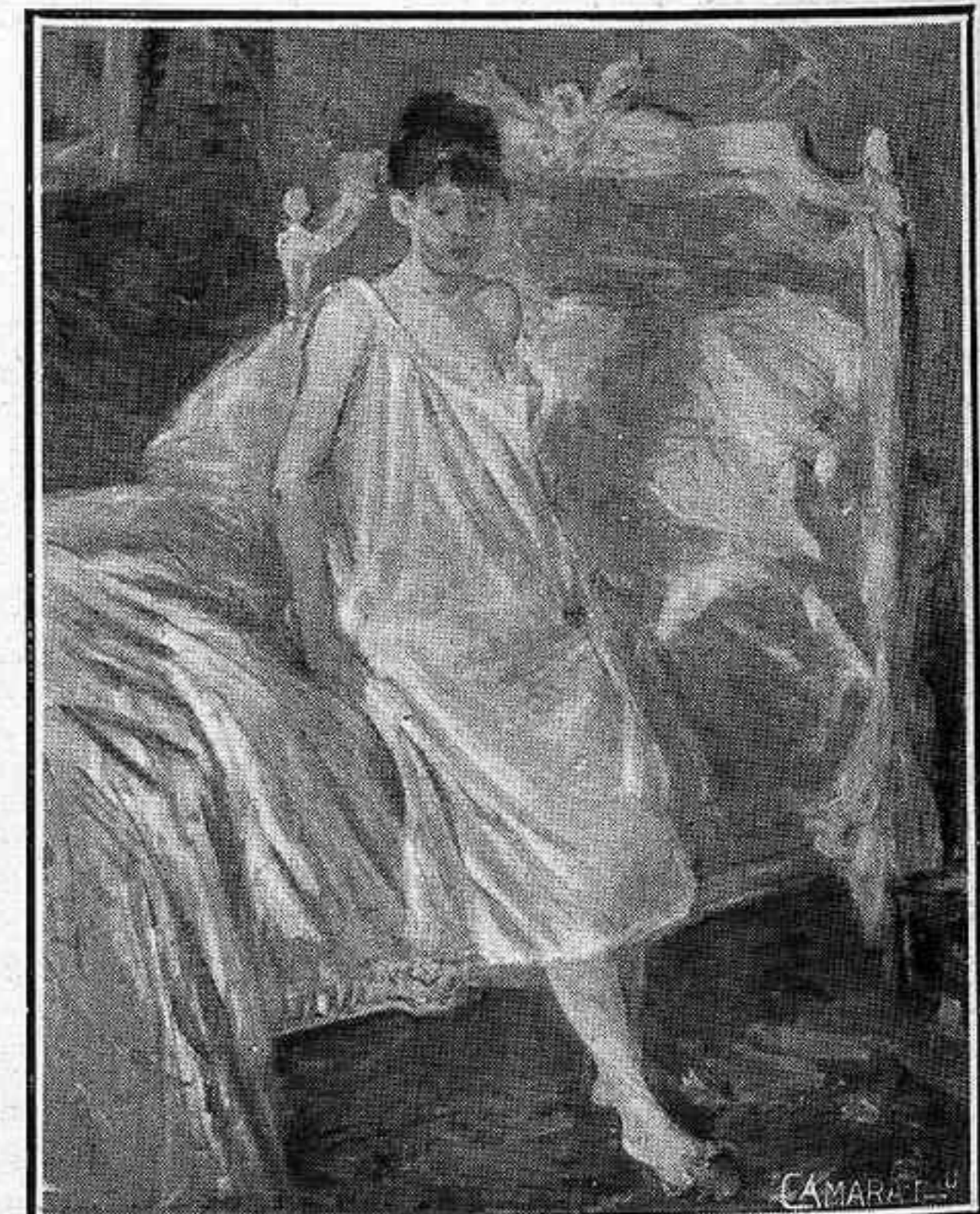
Pero estamos tan lejos del siglo romántico en que se tenía el arte como una religión, que nuestra sociedad, también acomodada á la razón prosaica, y tan perezosa cuando se trata de formarse una opinión, bien puede no escandalizarse y aceptar con una sonrisa de condescendencia lo



"Una muchacha en su tocador"



"El San Juanito"



"El despertar"

MÚSICOS ESPAÑOLES

FACUNDO DE LA VIÑA

FACUNDO de la Viña es uno de nuestros compositores de más clara inteligencia musical, cuya producción se distingue por la seriedad de sus aspiraciones, por la nobleza de sus ideales.

«La Viña es un temperamento hondo y sinceramente artístico. Su invención melódica es siempre expresiva, siempre noble, siempre espontánea, y en la belleza de sus giros nunca persigue otra cosa que la honrada satisfacción que emana de la idea misma, sin ulteriores propósitos de deslumbrar con novedades ó audacias fingidas, encubridoras casi siempre de algo poco legítimo en la pristina inspiración. La vestidura orquestal, siempre acomodada á la índole de la idea, se ciñe á ella como para acusar sus líneas, sin vanos intentos de disfrazarla con su pompa. Y aunque la Viña conoce profundamente todos los procedimientos de la orquestación moderna y los practica con absoluto dominio de su técnica, nunca le vemos perseguir el engañoso fantasma de lo raro y pintoresco, que es siempre prenda segura de éxito ruidoso, siquiera resulte luego efímero, sino más bien procura constantemente ahondar en lo que está inspirado por el sentimiento, único venero de arte que hace las obras verdaderamente estimables y duraderas.»

En las líneas precedentes de Manrique de Lara está cristalizado el arte de la Viña, cultivador afortunado del poema sinfónico, género que tan perfectamente se adapta á los temperamentos musicales modernos (continuación de la forma de la sinfonía), puesto que en el poema se puede condensar el *allegro*, el tiempo lento y el *scherzo*, basado en las leyes de las composiciones de la llamada música instrumental pura, inspirado siempre en una idea poética que trata de expresar, describiendo ó imitando, no el asunto en una forma literal y objetiva, como creen algunos, sino la impresión que siente el compositor ante la Naturaleza ó ante el motivo que le sirve de inspiración, el gesto, digámoslo así, de la emoción del artista.

La Viña, en sus hermosos poemas *Covadonga*, *Canto de trilla*, *Sierra de Gredos*, *Juventud*, *Por tierras de Castilla*, *Judith*, *A los héroes del mar*, *Hero y Leandro*, algunos, como *Hero y Leandro* y *Juventud*, premiados por el Círculo de Bellas Artes y en los concursos nacionales del Estado, respectivamente, sigue las huellas de los maestros del género: Berlioz, Liszt, Strauss, ya evocando un paisaje, una escena rústica, los campos de Castilla con su belleza estática, plana, ya el sentimiento caballeresco ó heroico en otros. Por las proporciones, algunas veces exageradas, y por su importancia musical, son estos poemas obras que hay que oír más de una vez. Y claro es que no son igualmente intensas en su totalidad.

La Viña también cultiva el drama lírico. En este género ha producido algunas obras estimables, que permanecerán inéditas mientras no tengamos un teatro nacional ó se siga un turno equitativo y justo para estrenar en el Real, donde debían tener preferencia las obras premiadas por el Estado (que premia obras para que permanezcan sin oírse), no la recomendación ó la simpatía, como suele ocurrir.

Así como los poemas sinfónicos de la Viña han sido interpretados varias veces, con aplauso, por las Orquestas Sinfónica y Filarmónica, las óperas permanecen inéditas, como he dicho.

Hechizo romántico, en tres actos, fué premiada en los concursos del Estado cuando hace unos años, y después de una resistencia desesperada, se logró que la música, la cenicienta en España de las artes, se incorporara á las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. Unas miserables pesetas que se consignaron para este objeto, se volatilizaron, y la música no ha vuelto á figurar en aquellos certámenes, lo cual constituye una verdadera vergüenza y un lamentable abandono, del que hay que inculpar á los ministros de Instrucción pública y también á los músicos por su pasividad.

Almas muertas es el título de otra ópera en un acto, premiada por la Academia de Bellas Artes, que con la *Sonata* para piano, la *Elegía* para piano, y violín y la colección de *Madrigales* para canto y piano, y otras composiciones para piano completan, hasta ahora, la producción total de Facundo de la Viña.



FACUNDO DE LA VIÑA

FOT. ROCA

Hay que consignar en estas notas que la Viña no escribe música para el vulgo (y vulgo es, en lo que se refiere á gustos musicales, mucha gente que viste bien y pasea automóvil), esa especie de música que ensalzan cronistas anónimos en algunos periódicos al día siguiente del estreno de cualquier astracanada musical, y afirmar que es un músico culto, un poco extraño por su carácter; pues nació en Asturias y ha vivido en Valladolid de niño, excepto la temporada que estudió en el Conservatorio solfeo, piano, armonía y composición, obteniendo primeros premios en todas las asignaturas.

La Viña fué á París á perfeccionar los estudios de piano (que tocaba muy bien), dedicándose á la composición al ver el número de pianistas que salían todos los años y, sobre todo, por seguir los impulsos de su vocación y de su temperamento, refractario á ese automatismo particular que necesariamente absorbe la vida de la mayor parte de los concertistas. En París recibió algunas lecciones de Dukas.

Facundo de la Viña es un espíritu moderno al que no asustan los más atrabiliarios procedimientos de la técnica de la composición musical contemporánea de determinados compositores; pero cultivado en las puras tradiciones clásicas del arte de los sonidos, conocedor de las formas musicales (á diferencia de los compositores improvisados, de los *dilletanti*, de la composición, que hablan y escriben de romper estas formas, que el solo genio puede romper, sin conocerlas y sin genio para renovarlas), con un equilibrio y claridad de escritura, y bastante *español* (pues no sólo la música andaluza es música española) por lo áspero y recio de sus ideas melódicas, no exentas de jugo, y lo bastante flexibles para producir la emoción á que contribuyen los timbres de su orquesta sin virtuosismos en cada obra más depurada.

A la falta de ideas atribuye la Viña (y en esto está conforme con quien escribe estas líneas) la razón de ser de una parte del arte ruso, el francés y el inglés, que siguen determinadas orientaciones estéticas; arte de detalle, de malabarismo del sonido, sin enjundia, sin verbo, sin grandeza ni serenidad, en el que lo que le sobra de color le falta de las cualidades citadas;

encubierto en algunos sectores con la falacia del canto popular, paño de lágrimas casi siempre encubridor de impotencia artística, de falta de fantasía.

Bien está, y lo creemos necesario, que el compositor conozca el *Folk-lore* musical de su país; pero teniendo en cuenta que el estilo popular es algo cuando el músico crea obras de este carácter. Recoger temas populares está al alcance de cualquiera. Por cierto que actualmente se publican cancioneros cuya personalidad regional no existe más que en la imaginación de sus coleccionadores.

Tampoco cree la Viña en ese otro tópico de la zarzuela clásica, que sólo es algo cuando es popular, y se duele con sobrada razón de la organización de nuestro Conservatorio, á base de la escuela italiana, con sus clases de canto en las que nunca se canta en castellano, sus clases de composición, que siguen cultivándose el motete y el concertante *demodé*, como si en el mundo no se hubiera hecho nada desde hace cincuenta años.

La Viña, al igual que Arregui (otro compositor de talento), tiene la suerte de no haber caído en gracia entre el pequeño é insignificante grupo que aquí distribuye y clasifica de una manera casi siempre risible y para andar por casa, como se dice con frase gráfica, el mérito y los grados del talento musical de nuestros compositores.

Afortunadamente para el insigne músico, sus obras van siendo cada día más apreciadas y aplaudidas, y lo serían más si el público las oyera más á menudo; pues en una sola audición no es fácil enterarse bien de obras de ciertas proporciones.

Su producción, copiosa ya, demuestra su fecundidad, reproduciéndose constantemente, el reverso de esos compositores que penosamente, limando aquí y allá, consiguen, gracias á esfuerzos sobrehumanos, producir dos ó tres obras de marquetaría musical, varias veces retocadas, y en las que las ideas musicales (á las que la Viña da toda la importancia que deben de tener) no tienen más valor ni más significación poética que la que las imprime el canto popular.

ROGELIO VILLAR



Una vista de la típica y característica plaza Mayor, de Graus (Huesca)

Fot. Wunderlick

CAMPANA

La
Eterna
Ilusión



Augurios
de
Mme. Fraya

MADAME de Thèbes—aquella célebre quiromántica francesa que llegó á tener categoría de adivinadora oficiosa, si no oficial, de la tercera República—dejó, al morir, un gran puesto vacante: algo así como la administración general de las ilusiones en el ministerio de la credulidad...

No se trataba, por lo tanto, de una vana quimera fugaz; se trataba de una quimera productiva y eterna: la misma que alzó templos milenarios; la misma que vistió la madera ó la piedra de los ídolos con manto de oro y cubrió la urdimbre de ese manto con perlas y diamantes, esmeraldas y topacios; la misma que siempre, en los siglos de los siglos, desde que el mundo es mundo y hasta que deje de serlo, arrastró y ha

La nueva pitonisa es esta madame Frayá, que desde París dice la buena ó la mala ventura al mundo...

de arrastrar á los hombres hacia esa inextinguible esperanza de una dicha que se compra, si es posible, para el «hoy», si no para el «mañana», y, en último recurso, para el enigmático y tal vez próximo «después»...

Madame de Thèbes ejerció un ministerio tan viejo como la especie, y en sus manos estuvo la herencia de todos los adivinos que al través de las edades pusieron á buen recaudo la ingenuidad de los grandes y la de los pequeños, y gobernaron á los tiranos un día, y otro día, por una limosna, dejaron un tesoro de esperanza en el alma de un esclavo.

Así, la adivina pudo morir; mas su prestigio y su misión habían de perdurar, y otra adivina los recogió... La nueva pitonisa es esta madame Frayá, que, á semejanza de madame de Thèbes, ha puesto cátedra en París, y desde allí nos dice nuestra buena ó mala ventura...

Por lo pronto, madame Frayá descubre ante nosotros el velo de este año de 1920, que tan mal



... nos dice que ha de ser cada día más difícil ganar la vida, y que los más ricos se verán obligados á trabajar... Nos dice que la mujer emprenderá resueltamente la lucha de competencia con el hombre, en todos los órdenes...



Madame Frayá teme que el amor no siga existiendo... Según ella, de la vida sentimental no quedará nada... cariños relámpagos: uniones hechas de prisa y aún más de prisa deshechas, y entre todo eso, la quiebra del matrimonio...

se nos presenta... Y nos anuncia muchas cosas... Nos dice que «ha de ser cada día más difícil ganar la vida...» Ya lo suponíamos...

Nos dice que «los más ricos se verán obligados á trabajar...» ¿Es esto augurio de universal bolchevismo?

Nos dice que «la mujer emprenderá resueltamente la lucha de competencia con el hombre, tanto en el orden intelectual como en la esfera de la política, de la industria, del comercio...»

Lo que no nos revela madame Frayá es cuál ha de ser la resultante de esa oposición de fuerzas originada por el feminismo combativo... ¿Predominarán ellas? ¿Acabará para siempre nuestra ya menguada autoridad? Y al pasar de gobernantes á gobernados, al vivir y morir bajo tutela, como si nunca dejáramos de ser niños, ¿hallaremos de nuevo el paraíso perdido?... ¡Quién sabe!...

Augura madame Frayá que «la ostentación y el lujo han de llegar á extremos inconcebibles...» Las mujeres gastarán cada vez más dinero y el amor ha de ser cada día más caro... Pero, en verdad, ¿seguirá existiendo el amor?...

Madame Frayá teme que no... Según ella, de la vida sentimental apenas quedará nada: cariños relámpagos, uniones hechas de prisa y aún más de prisa deshechas, y entre todo esto, la quiebra del matrimonio que no sea de conveniencia y que, por no crear intereses, no implique negocio...

La perspectiva es triste para los poetas; pero los poetas — ya lo dijo Platón — fueron siempre

incompatibles con toda sociedad bien organizada; pregonaron la falsedad y urdieron la desgracia, y en amor, convirtieron una ley natural, sana y fuerte, en malsana comedia de la fantasía, para deslumbramiento y engaño del corazón...

Se acabaron, pues, los idilios... Se acabaron los juramentos de fidelidad... Se acabaron también los perjuros... Sobre el tinglado de la farsa, la vieja tragicomedia de Colombina, de Pierrot y de Arlequín no volverá á representarse...

Y nunca más, en la gloria de un beso, preguntará al amante la amante, con voz temblorosa y baja, como se habla cerca de los moribundos ó de los muertos: —Di... ¿me amarás mañana?

Semejante cambio supone el fin de toda una era literaria, y madame Frayá sospecha que, en adelante, las personas afligidas por el feo vicio de escribir han de consagrar su actividad al estudio de los problemas filosóficos y á las investigaciones psíquicas... La vida va á dejar de ser externa y frívola para tornarse interna y meditativa... Y todo haría suponer que nos íbamos á aburrir mucho, si al mismo tiempo que nos hace tales predicciones madame Frayá, no nos anunciara nuevas epidemias tan ignoradas por la ciencia como la «gripe», y no nos prometiera nuevos escándalos políticos y financieros, nuevos procesos sensationales, nuevas catástrofes, nuevas guerras...

La adivina, que, á semejanza de madame de Thèbes, puso cátedra en París, y que desde allí dice la buena y la mala ventura al mundo, nos brinda un porvenir amargo: bolchevismo, feminismo, hambre, desamor y, por si esto no bastara, «vida interna y meditativa...» Como la gitana del cuento, madame Frayá podría decirnos:

—¡Qué más ventura queréis en estos tiempos por diez francos!... Y tendría razón... Con esta vida cara, la ilusión, la eterna ilusión, que necesitamos como el pan, ha de ser, como el pan, harto escasa...

Antonio G. DE LINARES



En sus manos está la herencia de todos los adivinos que, al través de las edades, pusieron á buen recaudo la ingenuidad de los grandes y la de los pequeños...

NARRACIONES
BREVES

ROSITA

DAN las doce. Los chicos han cantado, con un sonsonete que todos conocemos, la tabla de multiplicar. Luego, una oración. Luego han salido á la calle en tropel, cantarines, alocados, frenéticos. La escuela, solitaria, parece un campo de batalla. Flota en el sol, que entra á torrentes por las ventanas abiertas, una llamara-da de polvo. Los bancos, viejos, gastados, son trincheras sin defensores; los papeles rotos, atalajes abandonados...

Y hay una sola víctima: el maestro.

El señor maestro baja de su tarima torpemente. Es bajito, regordete, tripón. Lleva unas gafas negras, y detrás de las gafas, los ojos lloran como heridas recién abiertas. Limpia con el pañuelo las gafas negras y los ojos, y otra vez los cristales de las gafas. Sale, muy lento, por la puertecilla que da al patio, y sin mirar las flores, los pájaros, el cielo azul, entra en su casa. Al poner la mano velluda en el blanco mantel, el señor maestro llama como todos los días:

—¡Rosa! ¡Rosita!

Y Rosita, que está á su lado sin que él la haya visto, le ofrece el pan, el plato humeante, la copa de agua pura y un beso en la frente. Rosita... Perdonad si al hablar de Rosita, la hija del maestro, irrumpe en esta página una emoción demasiado personal. No soy dueño de las viejas imágenes que duermen en el seno de la memoria, acurrucadas dulcemente, y si despiertan tengo que dejarlas llegar, frescas y vivas, con una gran brazada de flores en la falda. Una vez, en pleno estío, al pasar ese mismo patio pintado de blanco, vi á Rosita sentada en el brocal del pozo, entre las macetas que ella cuidaba.

El cabello negro, pesado como el plomo; los ojos de un lento mirar; la figurita ágil... Así había yo visto en todos los cuentos á las princesas encantadas, salvo que las princesas suelen tener los cabellos de oro. Sin gigante, sin dragón, sin argollas en los pies, y, sin embargo, prisionera... ¡Vuelve á mirar Rosita el misterio del agua y de la alegría del cielo sepultados bajo tierra! ¡Vuelve á ver cómo flota una rosa mustia en el agua temblante y cómo retumba en la bóveda un trágico rumor!

—¡Rosa! ¡Rosita!

El señor maestro no ve nada, no habla nada. Tiene los dedos gordezuelos y los deja caminar sin guía por la superficie de las cosas. Alguna vez, cuando la encuentran á ella, se detienen en una caricia, y entonces, si las gafas negras lo consienten, parece que los ojos lloran lágrimas de sangre.

Alguna vez también llegan á interrumpir el silencio de la comida un mozo del lugar, el secretario del Ayuntamiento, los padres de algún niño, un alumno nuevo. Ella es la encargada de poner en cada oído una palabra amable, y de contestar en tono familiar á las chanzonetas campesinas. Todos los mozos, al acercarse á

ella, torturan el ala del sombrero, y como no aciertan á decirle nada, se encaran con el padre y se expresan bastante á su manera:

—Señor maestro, ¡quién fué rico!

Domingo; sale del cofre la mantilla de abuela para ir á misa muy de mañanita: un paseo al campo, una tertulia picotera á la puerta de la vecina antes de sonar el Angelus. Rosita sube á su aposento, en el sobrado, y quizá ponga una

silla á la ventana para ver cómo nace la luna... Muy rumboso, muy jaque, pasa el hijo de don Trifón, el ganadero, que vuelve de la feria en su caballo de cinco mil pesetas. Los cascos del noble bruto arrancan chispas en los pedernales, y la mirada del jinete choca en la reja con un fulgor de despecho ó de desdén.

Luis BELLO

DIBUJO DE OCHOA



OCHOA

- MUNDO -
FEMENINO

EL ARTE DEL DECIR

El arte del decir—factor importantísimo de las enseñanzas aristocráticas—está casi abandonado en nuestra España. Y es inconcebible en un país de mujeres hermosas, con voces cálidas y hasta «resistencia pulmonar» muy notada en el mundo científico.

Cierta amiga mía, que parte su vida entre el arte de educar y la educación por el arte, ha conseguido hacer alguna *diseuse* española que ganaría mucha gloria y provecho si se lo propusiera.

En Italia y en Francia las más célebres *diseuses* se han colectado precisamente entre muchachas de clase distinguida cuya fama nació en las fiestas del colegio.

Aquí, la muy espiritual madame Chollet-Ventnac, como directora de enseñanzas de L'Alliance Française, nos ha dado gallardas muestras del bien decir.

Aún recuerdo los nombres de Concha Mota, Elsa Schenkel, Helène Maurice, Rosario Córdoba, Piedad Sancha, Carmen Martínez, Frida Kourkia y Genoveva Peláez, como ejemplos estimables de lo que puede llegarse a hacer «diciendo», aun en un lenguaje que no es el nativo, cuando la orientación es verdaderamente inteligente y se sabe escoger la pieza oral.

Allá va un modelo de narraciones para dichas, dando a la palabra su peso y su color y su fonética precisa, que mi particular amigo Alejandro Bher compuso para una fiesta de espíritu.

ODIO DE AMOR
(CUENTO)

Los dos preguntaron:
—¿Cómo Odio y Amor?

Y el viejo, contó:

En una isla generosísima que abre su tierra y sepulta a los desesperados por amor, vivía en desesperación casi completa, un Príncipe, enamorado de una molinerita más casquivana que romántica.

Y como el desdichado la soñara más romántica que casquivana, obraba con ella siempre a izquierdas.

Y así, componía las trovas. Y así pasaba las noches al pie de su ventana recibiendo la escarcha. Y así contábase las gracias de su graciosa a todo compañero ó pariente. Y así palideció de inquietudes. Y así lloró de celos.

Y con estos cinco asís,
niña y niño que me oís,

dió á la casquivana molinerita la clave de su amor sincero y bobalicón.

Y ella—cual suele suceder en cuentos de amor—al verse tan adorada, se subió al pedestal de los desdenes.

El Príncipe la pedía constantemente que le amase, y ella le amaba un ratito pequeño, y en cuanto la miel comenzaba á saber, la coqueta fingía quehaceres y se entraba en el molino, desde cuya casuca cantaba coplas punzantes, ó prometedoras ó llenas de desgarrador desdén...

¡Claro, una copla, si es buena, es un momento apresado de la vida! Y si se canta dando al romance toda su entraña y con buena voz, es... algo invencible.

Y el Príncipe miraba, anda que anda (oyendo el rum-rom, rum-rom), la rueda del molino sobre el agua...

Dicen aún las viejas de aquella isla, que tanto, tanto el Príncipe miró á la acequia del molino,

que su porte de Príncipe rubio de cuento, con su capilla blanca y su escarcela de oro, quedó para siempre grabado en el agua...

Porque un día gritó el Príncipe desde abajo:

—¡Mirasol! ¿Quién te habla ahí dentro?

Y Mirasol gritó desde arriba:

—¿Quien gusta de oír mis réplicas?

Y el Príncipe: —¿Es hombre ó mujer?

Y Mirasol: —Es músico y poeta.

Y el Príncipe: —¿Es noble ó labriego?

Y Mirasol: —¡Es hermoso y basta!

Entonces el Príncipe pensó incendiar la casa del molino; pero temiendo perder su dictado de justo y obediente, ante el graso molinero y la magra molinera que, suspicaces y avisados, fingían guerra, optó por pedir humildemente entrada en el molino, y para ello envió esta carta, escrita con encausto en pergamino perfumado:

«Señores molineros del «Molino loco»: Yo, el más rendido de los enamorados, Príncipe de la Isla, etc., etc., les pido la gracia de pasar tal

cerró los dientes y cerró los ojos, y... cuando los abrió de nuevo, echó á correr enloquecido, quien sabe hacia qué sima...

Y así le vieron los aldeanos y las viejas y los ermunios, corre que te corre hacia la sima, vuelta acá, vuelta allá, siempre cayendo del lado del molino y clamando ora á voces feroces, ora arpeggiando el laudo, siempre la misma cantinela:

«¡Que te amo, Mirasol! ¡Que te deseo, Mirasol!»

Y de lo alto del molino, coplas y burlas, y siempre, siempre, el Príncipe:

—Mirasol, ¿quién te habla ahí dentro?

Y Mirasol: —¿Quien gusta de oír mis réplicas?

Y el Príncipe: —¿Es hombre ó mujer?

Y Mirasol: —Es músico y poeta.

Y el Príncipe: —¿Es noble ó labriego?

Y Mirasol: —¡Es hermoso y basta!

(«¡QUIEN COMPARÓ LOS CELOS A UNA HOGUERA, SINTIÓ CELOS!»).

Al Príncipe se le ardía el alma y el corazón, y las lenguas de fuego no sabían acabar de devorarlo.

Sus consejeros, doctores y maestros hubieron de reunirse... Y le obligaron á viajar, y le ofrecieron novias á granel, y le alquilaron los más renombrados bufones. Y el Príncipe viajaba y amaba y reía para todos, y moría para sí...

Los doctores le hablaron de salud; los maestros de dignidad, los consejeros de ejemplo en la Isla.

Y él oía, y á todos contestaba: — ¡Ah de mí! ¡Cumpliré, cumpliré! ¡Ah de mí; que no es fácil ser Príncipe!

Pero una noche las ondas llevaron á todas las cocinas, chimenea abajo, una canción caída desde un Príncipe á una molinera. Y decía la canción doliente y firme..., decía así la canción:

«No sé que tendría el agua que tú me diste á beber, que temo que todas tengan cicuta y hiel... ¡Y sediento corro el mundo sabiendo que he de volver á que tu agua envenenada —hiel y cicuta—calme mi sed!»

Entonces, para más afirmarle, viéndole tan vencido, ella gritó la tórpe y grosera frase:

—¡Taday, que mis ojos ya tienen espejo!

Y el Príncipe, al oír de aquella boca, que avahó en una aurora sus principescas manos heladas, aquella afrenta, sintió la aldabada de las catástrofes ineludibles, y, ovante y pujante, dió con su espadín mágico en la roca que sustentaba el molino como un milagro de gracia sobre las aguas insondables...

—¡Mirasol! ¡Mirasol! ¡Mía ó de nadie! (Y moría el bobo por matar á un nonnato á quien odiaba, y por quien matábase á sí mismo dos veces en cuenta: una en sí y otra en ella que era su interna vida.)

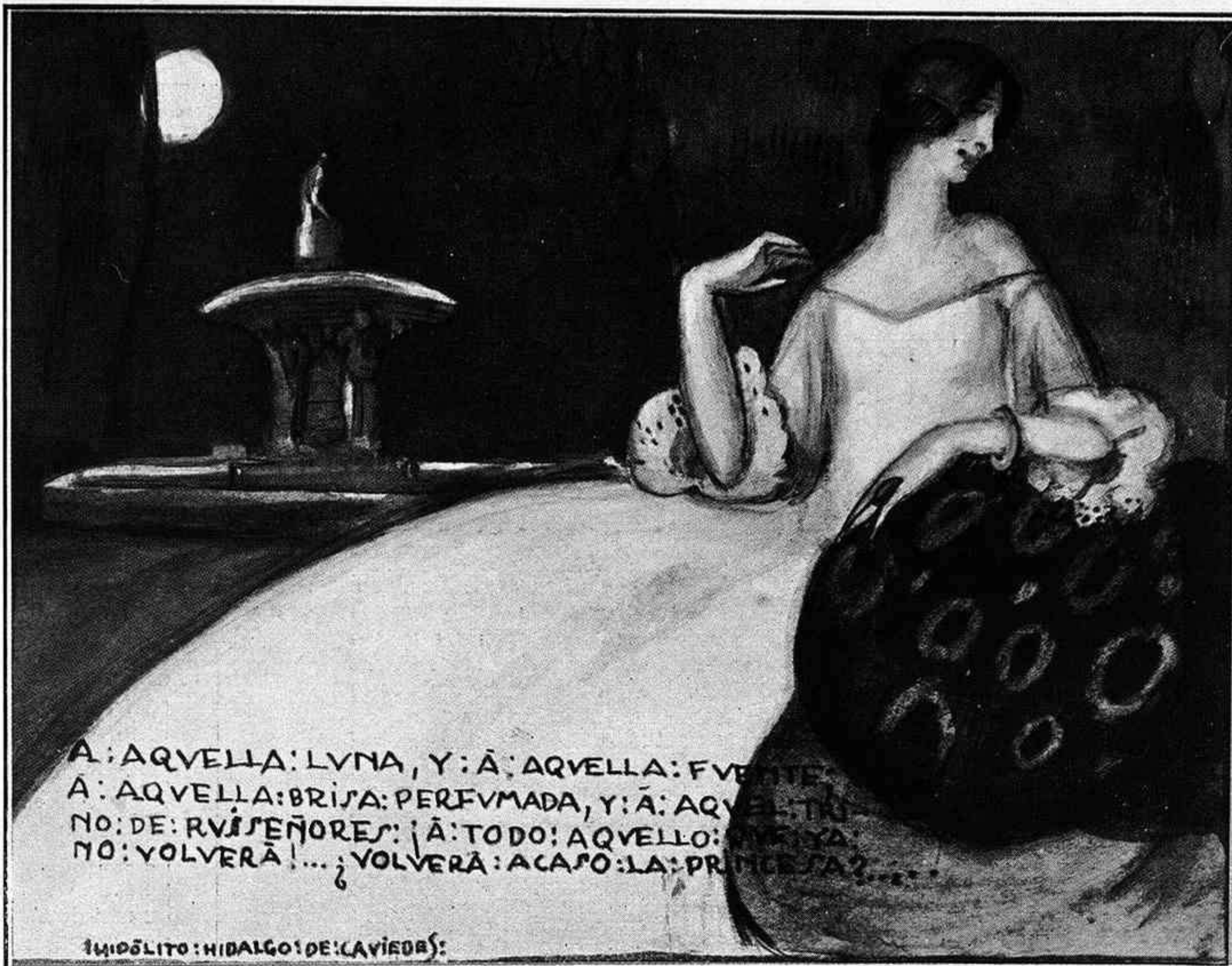
—¡Mirasol! ¡Mirasol! ¡Mía ó de nadie! Y á un tercer golpe

la roca dijo «Sí», «No», y toda la farsa cayó.

Pero como tanto habiase mirado en las aguas, quedó en ellas espejado el Príncipe para espejo de bobos enamorados y celosos (que pueden ver todas las noches rielar mil escardillos pregoneiros, sobre las aguas románticas y misteriosas «del Molino loco», que le sepultó...)

MARÍA VALERO DE MAZAS

DIBUJO DE HIDALGO DE CAVIEDES



A: AQUELLA: LVNA, Y: A: AQUELLA: FV...
A: AQUELLA: BRISA: PERFVMADA, Y: A: AQUELLA: ...
NO: DE: RVISEÑORES: ¡A: TODO: AQUELLO: ...
NO: VOLVERÁ!... ¡VOLVERÁ: A CASA: LA: PRINCESA: ...

HIDALGO DE CAVIEDES

cual velada en familia, jugando y bebiendo como buenos amigos... Y pidanme sacrificios en cambio, que todos serán chicos si he de verme un instante en los ojos con que veo...

Y el matrimonio, sagaz, contestole en un pergamino bien sucio de grasa, lo que indicaba el poco miramiento que creían necesario para sus fines:

«Señor Príncipe: á tan humilde morada no corresponden tan altas visitas. Los ojos de que habláis, ya son espejo de un más humilde trovador...»

Y el Príncipe, tras largos días de dolores; tras luengas noches de insomnios, cuyos contorcios dedicaba á glosar la poesía de *El Reloj* llorando cuitado al repetir renglones tan cortos que le herían tan hondo, clamó conciso—con la concisión de un último grito, sin asomo de filatería—en otro pergamino que dirigiera directamente á la molinerita:

«¡Quiero vertel ¡Me ahogo de amor.»

Entonces bajó al valle la linda, y en el linde de un ribazo le miró y le besó... Y el Príncipe, extintas sus fuerzas, lloró mucho, muchooo...

Y ella le consoló cantándole una copla de amor, villana y valiente:

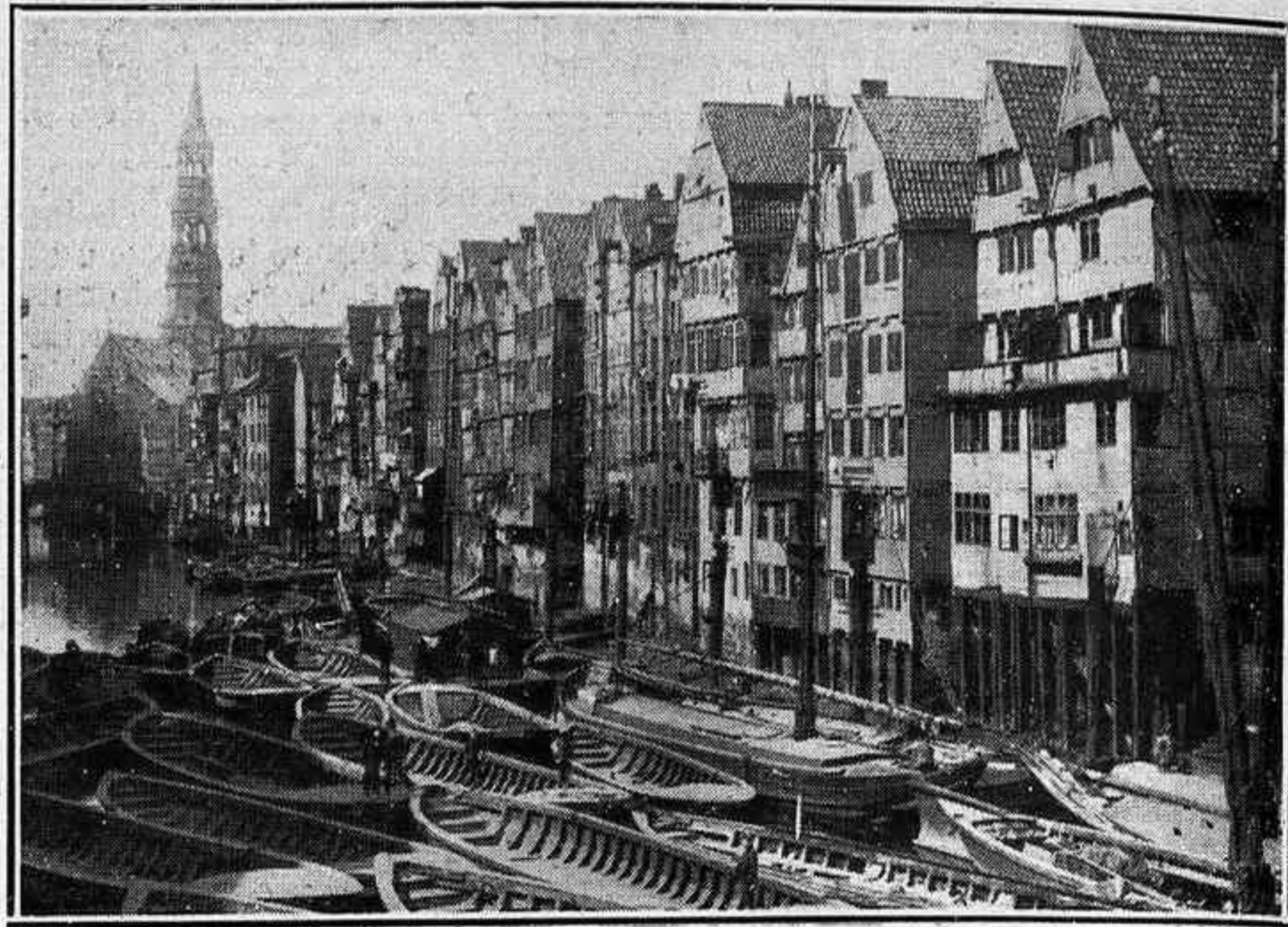
«Te quiero y te retequiero;
no hay quien me lo retequite;
que una mujer, en queriendo,
es un barco echao á pique.»

Luego le mesó el cabello, le besó las manos, se acercó á mirarle, y el Príncipe quedó ya para siempre envenenado!

Marchóse—fugóse mejor—la niña, aprovechando un minuto en que el honrado Príncipe



Una vista del puerto



La flotilla pesquera

LECCIONES DE TODAS PARTES

SEVILLA COMO HAMBURGO

La guerra, la liquidación de la guerra, mejor dicho, ha privado á Hamburgo de muchos de sus buques y de la mayor parte de sus diques flotantes, de sus bateas-deposito, de sus grúas titanes... Y Hamburgo va á comenzar de nuevo para reconquistar la preponderancia y la grandeza perdidas. Ya anuncia la celebración de una feria de muestras, como la que tradicionalmente celebraba Leipzig, y posteriormente Colonia, como las que celebran ahora Burdeos, León, Marsella y otras ciudades francesas.

¿Renacerá Hamburgo? Nadie pone en duda ya este suceso. Habría de destruirse toda la Confederación germánica, y la ciudad hanseática continuaría siendo uno de los puertos de mayor tráfico del mundo. ¿Por qué? Importa mucho á España conocer este problema, porque nosotros también pudiéramos tener nuestro Hamburgo; mejor dicho, pudiéramos resucitarlo, porque ya lo tuvimos cuando Sevilla, haciendo el tráfico directo con las Indias Occidentales, fué de las más grandes y prósperas ciudades de Europa.

Sevilla, como Hamburgo, es un milagro de situación geográfica. Ciertamente que el Guadalquivir no tiene un cauce tan dilatado como el Elba, ni posee tantos afluentes, ni va tan llano y manso que pueda ser todo él navegable. Aun así, encerrado en Andalucía, el Guadalquivir pudiera ser el camino más

corto entre Madrid y América. Este, al cabo, es el secreto de la prosperidad de Hamburgo. Coged un plano del itinerario del Elba y otro del itinerario del Guadalquivir.

No hay más diferencia que las que el hombre ha puesto, modificando con sus dragados, con sus canalizaciones, con sus ensenadas, con sus puertos la obra de la Naturaleza. Hamburgo tiene hoy doce kilómetros de muelles, en los que pueden descargar á la vez centenares de buques;

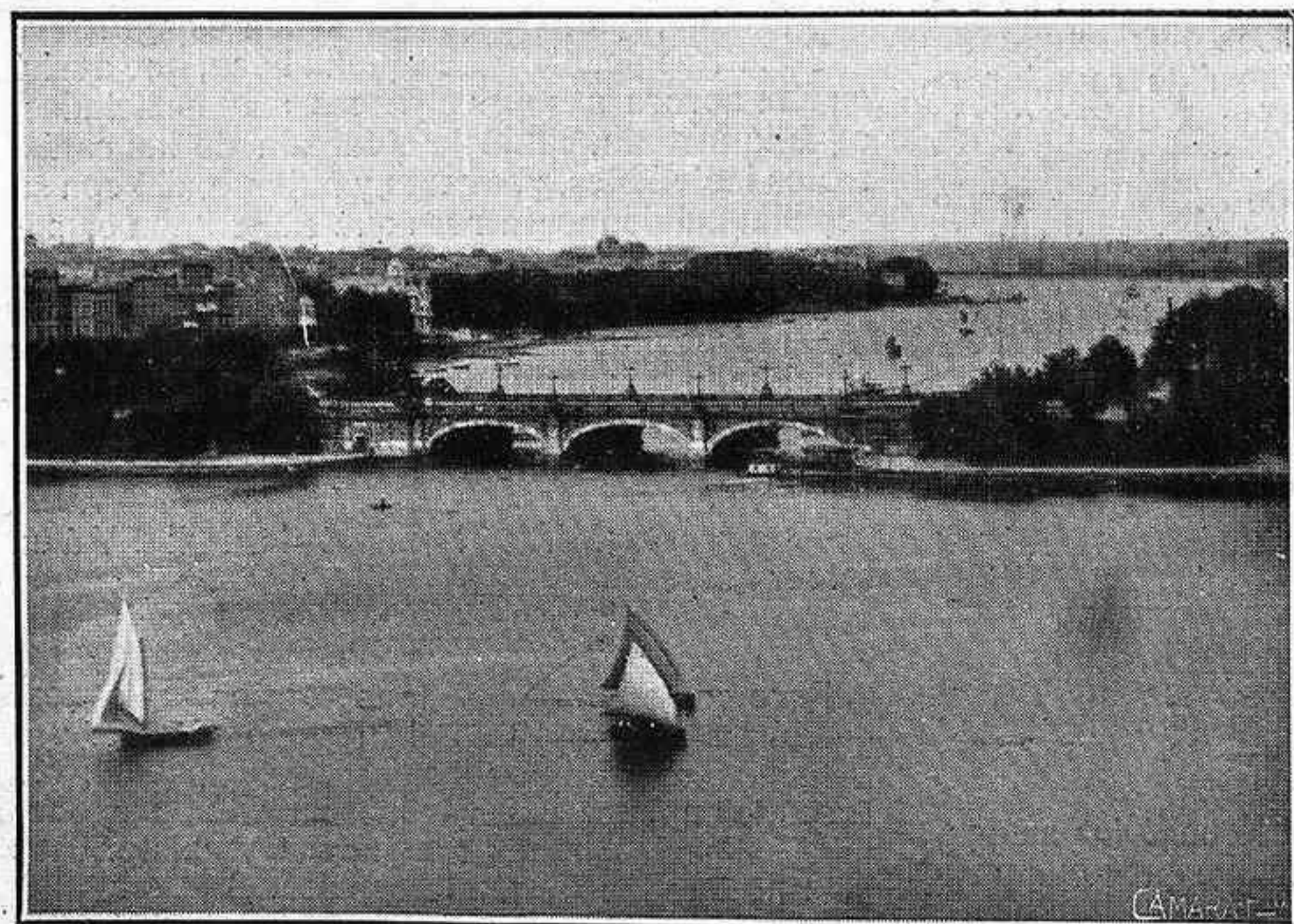
Sevilla apenas tendrá tres. Hamburgo ve llegar á su puerto una treintena de vías de ferrocarril, que, con trazados triple y cuádruple, llevan mercancías de todos los puntos de Germania. Sevilla no tiene ni una sola doble vía. La diferencia, como se ve, está entre las manos parálíticas del Estado español y las manos activas é impacientes del espíritu germánico.

No se crea que la adversidad no ha intentado destruir varias veces la prosperidad de Hamburgo. No hay que remontarse á antiguas historias de guerras y desolaciones. Durante las contiendas napoleónicas, Hamburgo estuvo en poder del mariscal Davoust, que quiso arrancarle para Francia todas sus riquezas. Mil trescientos cincuenta millones de pesetas le cobró en tributos desde 1803 á 1806. Posteriormente, en 1842, un incendio que duró tres días arrasó casi la ciudad entera... Y Hamburgo vuelve á trabajar y vuelve á enriquecerse. Ahora mismo, casi todo el *utilage* de sus muelles va á ser desplazado y llevado á Francia, en cumplimiento de una de las cláusulas del Tratado de Versalles y de su protocolo complementario.

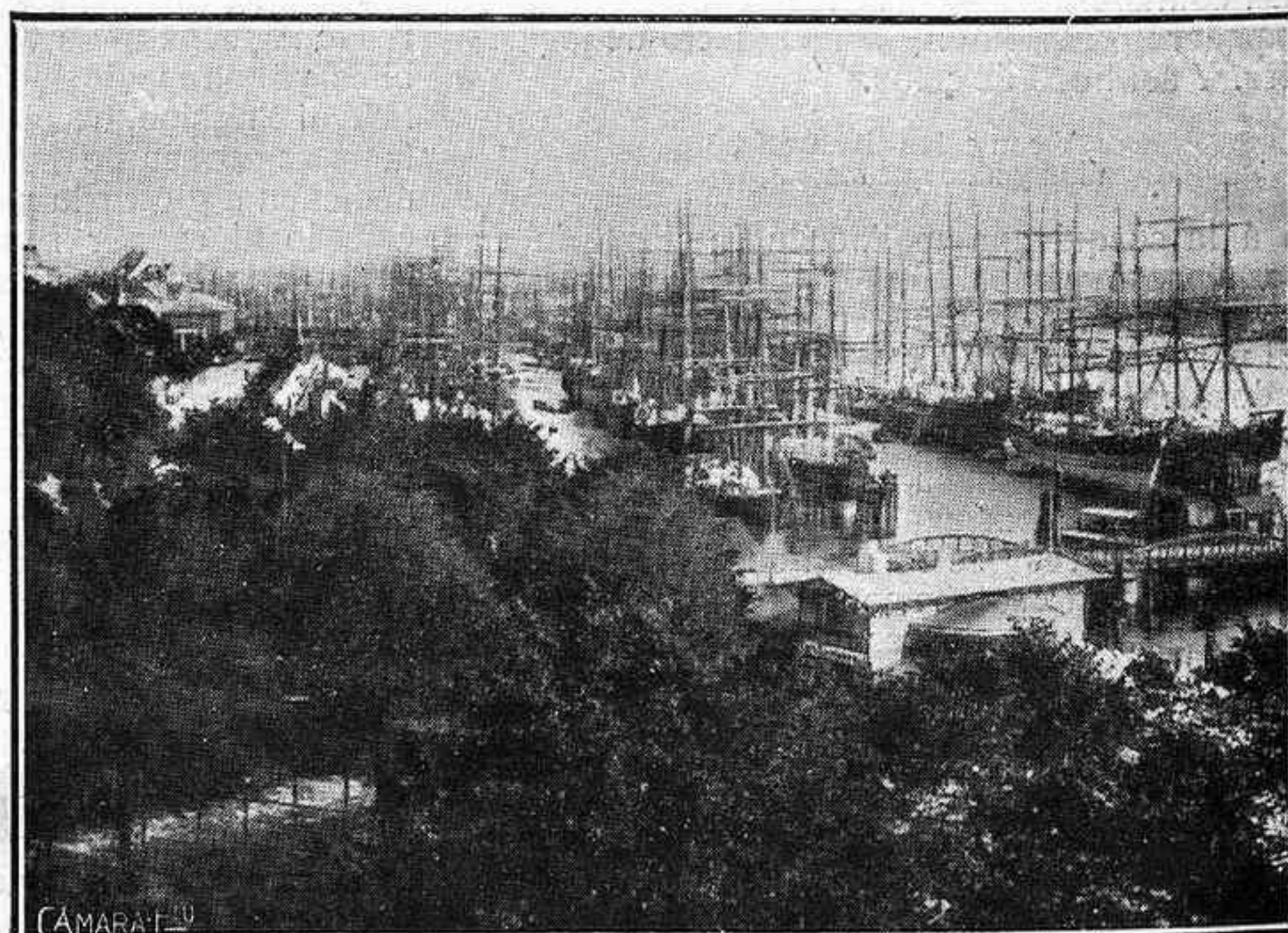
Pero, ¿qué importa? Quien haya subido una vez á los jardines del Stintfang y desde aquella altura haya admirado el sorprendente espectáculo de las dos leguas del río, en las que apenas se ve la corriente de agua bajo el incontable número de buques de vapor y de vela, y



Alrededores de Hamburgo



El puente Lombard



El nuevo puerto



Una calle del antiguo puerto



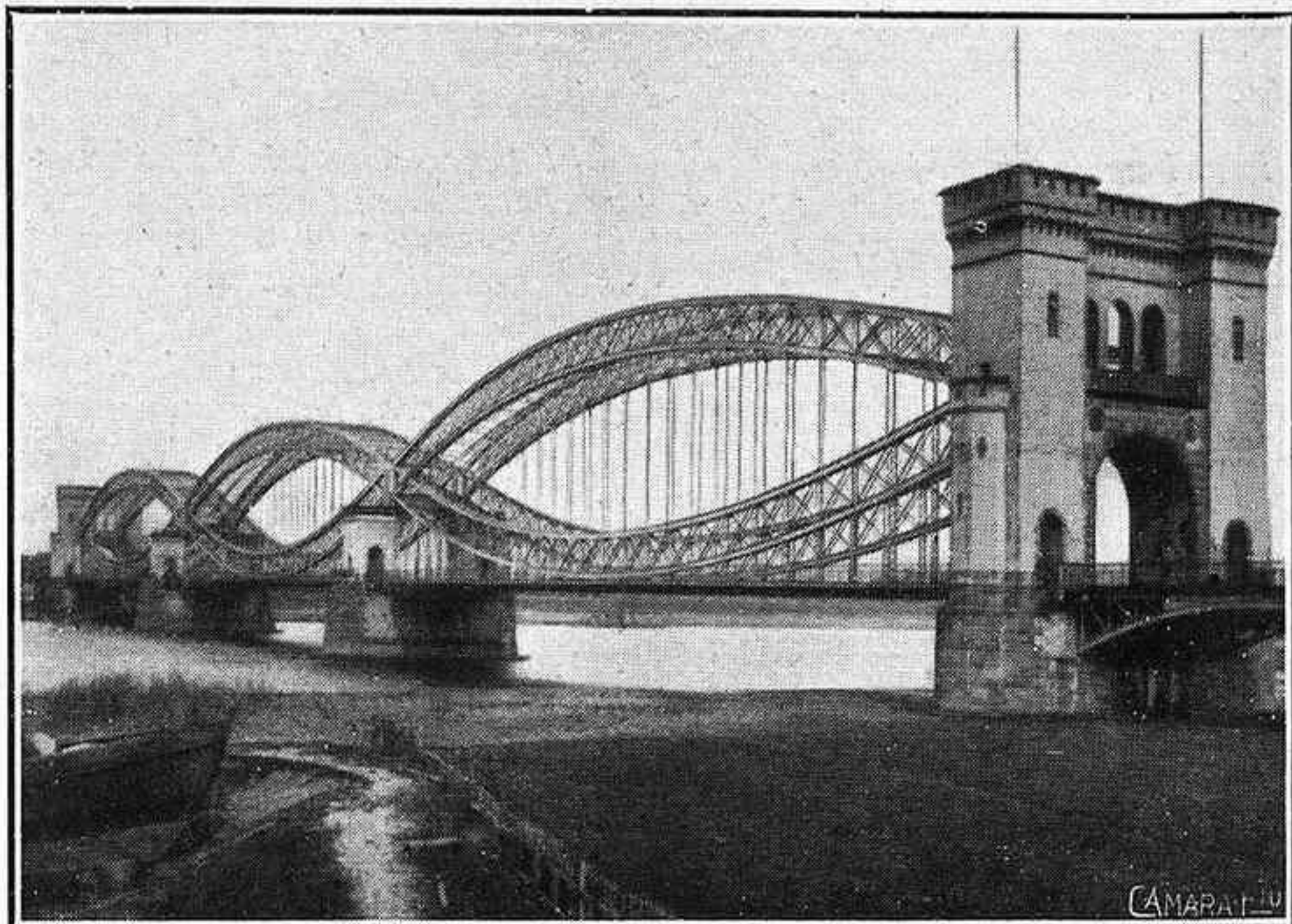
La galería de los Arcos

haya intentado calcular la riqueza que suponen las mercancías que de todos los continentes llegan y para todos los continentes se embarcan, habrá comprendido que no hay fuerza humana capaz de destruir este centro de mercaderes, que cuando acuden á la colmena humana de la Bolsa, llevan en su cartera valores expresados en todas las monedas acuñadas en el mundo.

Los economistas han buscado muchas explicaciones al engrandecimiento de Hamburgo. Los que tienen fe en los arbitrios de la política, dicen: «Fue ciudad autónoma.» Otros opinan: «Tiene puerto franco.» Arguye alguno: «Es la puerta abierta de Alemania.» Otro asegura: «Es el lazo con América.» Todo ello es verdad, pero ciudades autónomas y puertos francos hay que apenas aciertan á mantener su nivel de población. El secreto es el río navegable metido hacia el interior, como podría llegar á ser el Guadalquivir, con navegación para buques de altura y de alto cabotaje hasta Sevilla; con navegación fluvial hasta Córdoba y aun más adentro aún. El secreto es la terquedad del hombre, utilizando y mejorando los medios que pone á su alcance la Naturaleza.

Para las relaciones con América, cuando se cruzaba el Océano en carabelas, goletas y pataches, bastaba el cauce natural del Guadalquivir, como á Hamburgo le bastara el que tenía el Elba. Para los calados de los buques modernos habría que dragar más hondo, y habría que extirpar la barra que obstruye la desembocadura, y habría que hacer artificialmente más ríos, más canales, donde fuera fácil la entrada, la estadía y la salida de numerosos buques á la vez.

Para que los buques acudan á un puerto es necesario que sea un amplio mercado receptor de productos extraños, y que á la vez disponga



Puente sobre el Elba

de mercancías que deban ser enviadas á los lugares de donde cada barco procede. Nada más caro que el viaje de retorno en lastre.

De la creencia en este principio económico nace la organización de la exportación forzada que se realizó durante muchos años en Hamburgo, hasta que la hizo innecesaria el mismo exceso de mercancías. Sevilla hoy, con una organización adecuada, está en condiciones de practicar esta política de tráfico marítimo. A su alrededor se explotan numerosas minas, cuyos productos pueden abarrotar las bodegas de los buques que llegaron con otras primeras materias. Sus campos son feraces; sus manufacturas se multiplican, y muchas de ellas, típicas, regionales, pueden intentar la conquista de todos los mercados del mundo. ¿Qué necesitan? Necesitan buques de ruta directa; necesitan que Sevilla se

una á Madrid y al Mediterráneo por ferrocarriles de trazado corto y múltiples vías; necesitan que la navegación fluvial llene de vida y actividad las márgenes floridas hasta Córdoba, creando una acumulación de mercancías que vaya á intensificar el tráfico en los muelles de Sevilla; necesitan durante veinte, durante treinta años, una política fiscal de liberalidad y tolerancia, de zonas exentas, donde toda industria nueva pueda ensayarse, y de muelles francos donde el intercambio de mercancías pudiera hacerse sin gasto y sin tributo alguno. No hay que hablar de cómo todo ello sería estéril si la nación no cambiara pronto sus tradiciones gubernamentales. Sin duda la organización del crédito agrícola y mercantil; la intensificación consumidora y productora del mercado interior; la iniciación de una política bancaria como la practicada por Alemania y los Estados Unidos; la transmutación del espíritu diplomático de nuestra organización

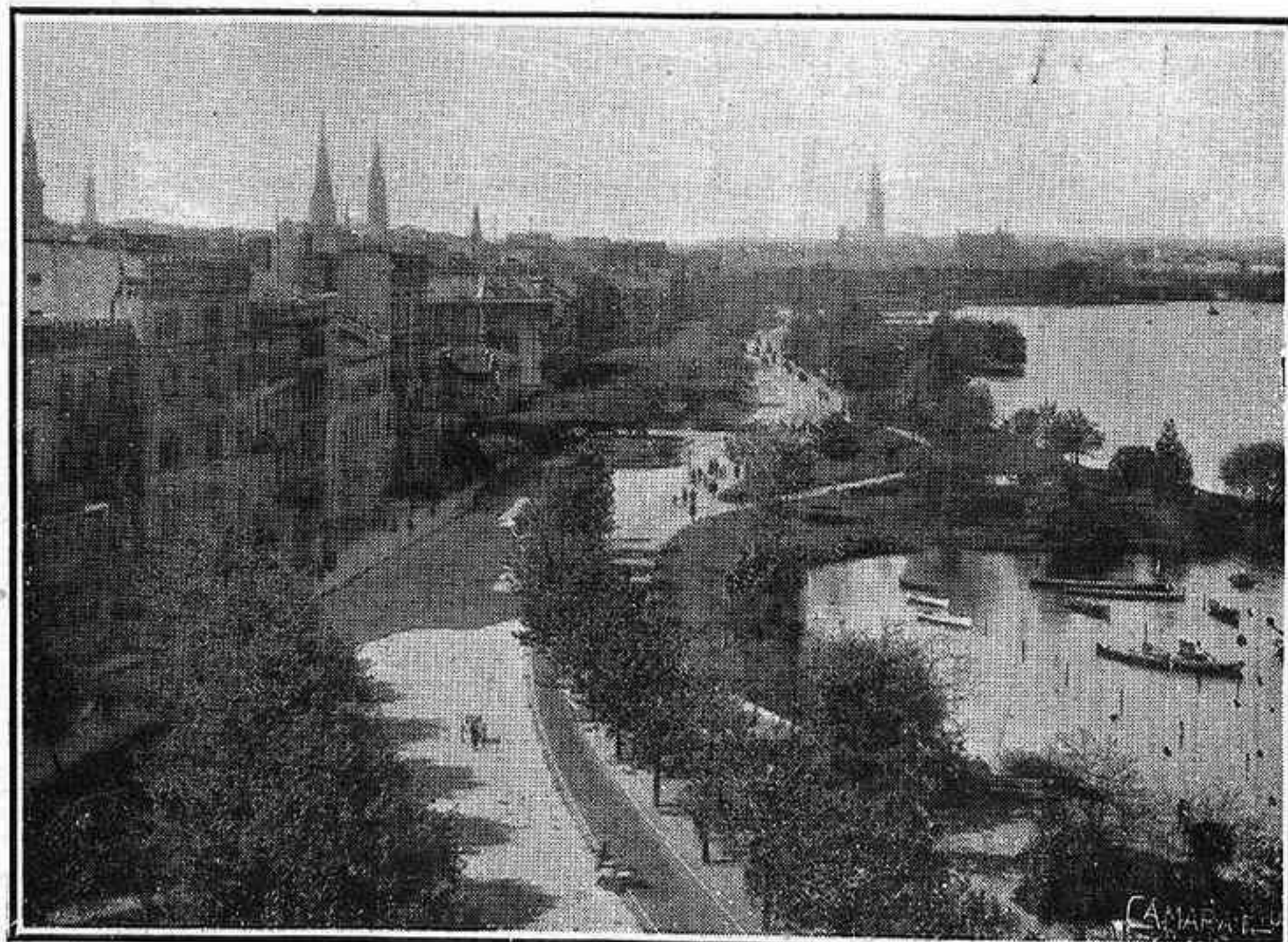
consular en espíritu genuinamente comercial; la utilización del viajante de comercio como funcionario público ó como agente del Estado; la divulgación de enseñanzas técnicas iniciadas en la escuela de primeras letras; la pacificación social y otras medidas de previsión y de justicia; contribuirían tanto al engrandecimiento de Sevilla como cada mordedura de sus dragas en el fondo del río, como cada sillar colocado en sus muelles, como cada canal ó cada ensenada artificial que se hiciera. Y la lección viva está en eso. Sevilla es como Hamburgo. El día que la transformación de Africa se acelere, Sevilla, geográficamente, será mucho mejor que Hamburgo y tendrá más radio de acción que la ciudad hanseática... Pero el Estado español sigue teniendo las manos parálíticas.

AMADEO DE CASTRO



Puente de Niederbaum

FOTS. PRIESTER



Hacia la vieja Hamburgo

PÁGINAS POÉTICAS

Las dos
hermanas

Por el camino iban juntas,
como siempre, las hermanas;
la una de blanco y alegre,
la otra triste y enlutada.

La una es luz y fuego y risa,
la otra es noche y frío y lágrimas;
rosas en las sienes, una,
y crisantemos la hermana.

Por el camino un mancebo
en un alazán avanza,
virilmente bello el rostro
y la presencia gallarda.

Dice una: «Mi corazón
por el mancebo se abrasa;
no impidas que sea mío,
si tú al mancebo no le amas.»

Y la otra: «No le quiero;
sé feliz, y que su alma
goce de cuantas venturas
puedas darle enamorada.»

«Pero—le dijo al mancebo—
no te fíes de mi hermana;
ya verás cómo te olvida,
que no hay en su amor constancia.»

Mas el galán no hizo caso;
porque contemplando á ambas,
una era alegre y ¡tan bella!...
y la otra triste y ¡tan pálida!...

Los enamorados fueron
á la ciudad; era el alba
de un día de primavera
cuando juntaron sus almas.

Juventud, poder, fortuna,
sus pechos acariciaban,
y hacían feliz el tiempo
el amor y la esperanza.

Ella estaba á veces triste,
porque al recordar temblaba...
Que la hermana lo ve todo
y era celosa la hermana.

El mancebo fué á la guerra
y volvió con oro y fama;
quiso mandar, y en un reino
sus leyes se respetaban.

—Ocúltate, dueño mío,
que no te vea mi hermana.
—A tu hermana no la temo,
porque tú á mi lado te hallas.

El tiempo puso temblores
en el brazo de la espada,
le quitó tersura al rostro,
tiñó el caballo de plata.

Ya no era el mozo gallardo
de las famosas hazañas;
ya de tanto remontarse
al azul, cansó las alas.

—¡Me abandonas!—le decía
con voz trémula á la amada—.
Me juraste amor eterno
y no cumples tu palabra.

¡Ven!—. Pero ella le huía
en pos de luz y de galas,
y de alegría y de fuerza,
de juventud y esperanzas.

Y un día, muy solo y triste,
llegó hasta él la otra hermana:
el andar lento y solemne,
compasiva la mirada.

—Aquí estoy al lado tuyo;
¿tú recuerdas mis palabras?:
«Ya verás cómo te olvida,
que no hay en su amor constancia.»

Joven, fuerte, poderoso
eras: por eso te amaba;
hoy te olvida y te abandona,
coqueta, perjura y falsa.

Yo siempre estuve á tu lado;
siendo reina fui tu esclava,
y más poderosa que ella
me he sometido á mi hermana.

Yo te he mecido en la cuna,
de tu vida en la alborada;
de mancebo te he seguido,
amparando tus andanzas.

Yo fui contigo á la guerra
y te guardé de las balas;
de tus triunfos y placeres
no apagué la llamarada.

Aunque tú no me querías,
no tomé de ti venganza;
el amor firme y eterno
siempre espera, siempre aguarda.

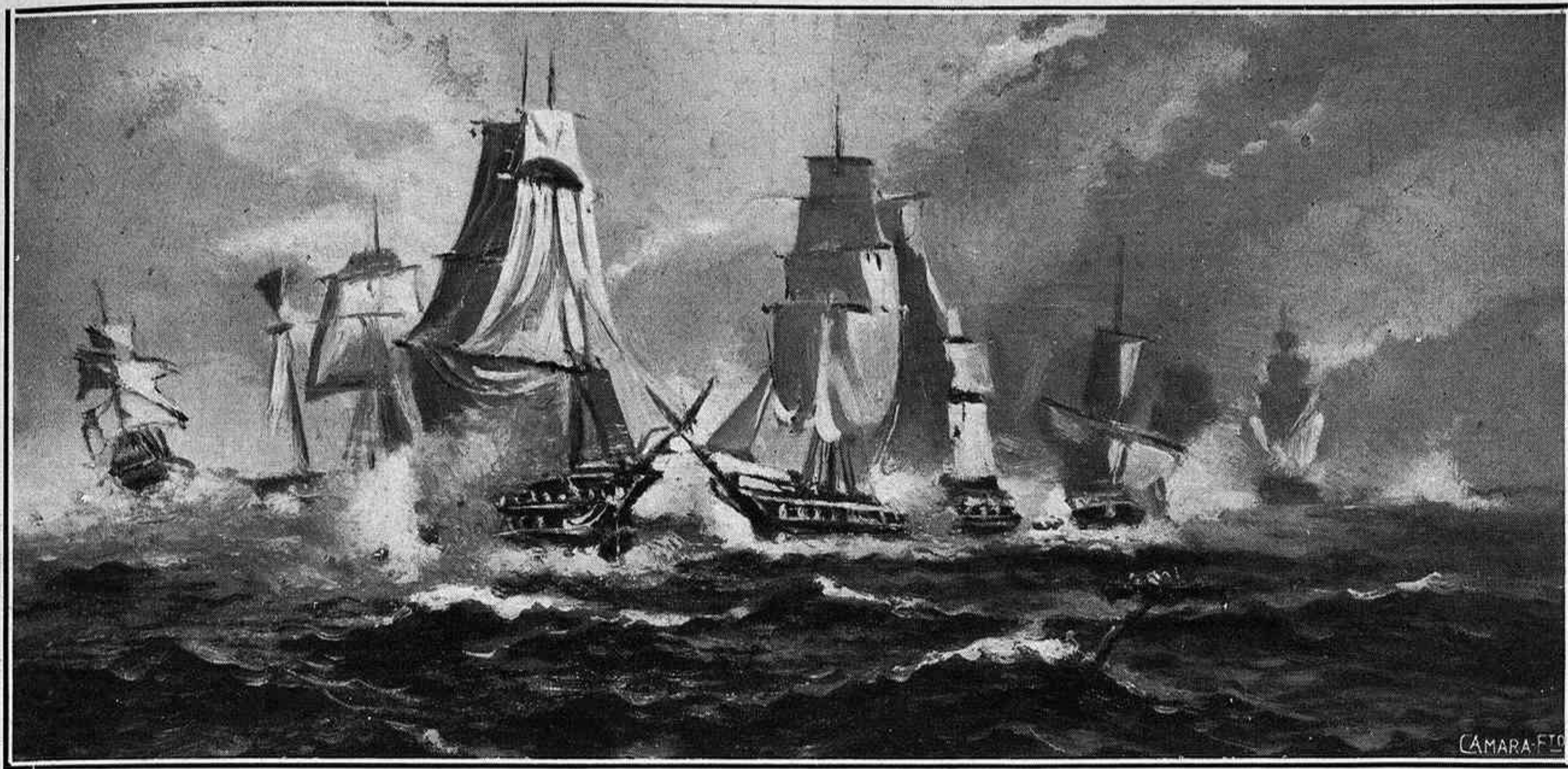
Ven á mí, amor amado;
entre mis brazos descansa;
el otro amor dura un día
y el mío nunca se acaba.

Luis BRUN

DIBUJO DE V. DE SEIJAS

VARELA DE SEIJAS

EL POR QUÉ DE TRAFALGAR



Es indudable que si el poderío naval de España se vió aniquilado en Trafalgar, fué debido al genio invicto de Horacio Nelson. Pero hay en la vida de todo hombre un elemento propulsor que le conduce al triunfo ó le lleva al fracaso, que centuplica sus energías ó las anota... ¿Habrá que decirlo? «Buscad la mujer», repetía siempre el precursor de Sherlock-Holmes. Y una mujer, constituida en musa inspiradora de Nelson, fué la causa del encumbramiento del almirante inglés, y, por lo tanto, del descalabro marítimo de España.

Esa mujer fué Emma Lyon, más tarde lady Hamilton. ¡Y qué mujer! Los manes de Flaubert y de Sardou debieran ayuntarse para inmortalizar esta figura femenina en una obra que fuese fiel reflejo de su existencia novelesca y melodramática. Procedía de la más baja extracción. Su padre, herrero. Su madre, criada de servir. Ella también, á los trece años, emprendió el oficio materno; y sus manos, aquellas manos que luego habían de ser besadas con adoración por próceres y artistas, ejercitáronse en el manejo del estropajo y de la escoba.

Pero corría el siglo XVIII, y aquel ambiente era por demás epicúreo para consentir que una mujer joven y hermosa malgastase su belleza en tan bajos menesteres. Emma se emancipó fácilmente, «buscando mayor espacio para sus hazañas». Por entonces, el médico Graham, discípulo de Mesmer, y, por consiguiente, contaminado de la charlatanería propia de su maestro, había establecido en Londres el «Templo de la salud», donde curaba todas las enfermedades con baños de cieno. Emma Lyon, en el esplendor de sus diez y seis años, fué contratada por el buscavidas para representar la ninfa Higeia, diosa de la salud; vestida á la griega, esto es, con la menor cantidad posible de ropa: un peplu transparente y ondulante, y unas sandalias. No era mucho.

Resultado de tales exhibiciones mitológicas fueron los primeros devaneos de Emma. Antes de cumplir los veinte años tuvo que retornar á Hurarden, la aldea natal, implorando de su abuela el perdón de sus culpas y un rincón donde guarecerse mientras criaba á su hijo...

Pero la vida rural no se había hecho para ella. Pronto siente la nostalgia del turbulento bullir londinense, y escribe á uno de sus aristocráticos amigos, Charles Greville, pidiéndole que la redima del tedioso marasmo pueblerino. Ella necesita vivir intensamente, vibrar ante la inquietud de los días heterogéneos, y sus pobres nervios en tensión perenne amenazan saltar en la comatosa existencia que arrastra en la aldea. Greville, que recuerda con añoranza la hermosura de Emma, recibe su carta en instante propicio, y la instala confortablemente en un hotelito de Edgware Road. Nada hurraño Greville, y Emma extremadamente sociable, por el nido de sus amores desfiló la más florida representación del Londres artístico y literario. Fué por entonces cuando el pintor Romney se enamoró de la gentilísima, copiando su rostro en sus bellos cuadros, tantas veces reproducidos para gloria de su au-

tor ilustre... que al alejarse de Emma vió extinguida su inspiración, cuya musa exclusiva era ella.

Poco después la vemos en Italia, casada con sir William Hamilton, embajador de Inglaterra en el reino de Nápoles. ¿Cómo pudo efectuarse tal metamorfosis, que transformó la aventurera en dama de elevadísima prosapia? Cuando Greville se cansó de ella, la llevó á Nápoles con propósito de abandonarla lejos de su país, sin temor de verse importunado con lamentos y quejas. El último de los canallas no hubiese procedido con tamaña desaprensión. Y Emma, sola, sin elementos de vida, sentíase invadir por la desesperanza, que acaso la hubiese conducido á sepultarse en las aguas del incomparable golfo napolitano, cuando vino en su ayuda lo imprevisible.

Charles Greville era sobrino de sir Hamilton. Emma, que conocía á éste, le pidió amparo en su abandono. Compadecido el embajador, comenzó protegiéndola y terminó despojándola. Eran demasiado grandes los atractivos de aquella mujer para que supiera resistirse á ellos un hombre como sir William, con la voluntad gastada por los años y el sensualismo tan despierto como en la juventud.

Con semejante pedestal, Emma Lyon fué bien pronto la primer figura de Nápoles. La Reina la concedió su amistad, y el mismo Rey Fernando, rendido al talento y á la belleza de la embajadora, no desdeñó sus consejos... En esta situación, aparece Nelson, el capitulo más intenso de la novela vivida por lady Hamilton. Tan sólo mediaron entre ellos algunas miradas, varias frases dirigidas en la solemnidad de un banquete ó de una recepción oficial. Lo bastante para quedar prendados uno de otro. Era el dedo del destino señalando la suerte de Europa.

Cinco años más tarde, vuelven á encontrarse Nelson y Emma en Nápoles. La situación del almirante era crítica. Sus navíos persiguen á la escuadra francesa rudamente, en busca de un combate decisivo; mas careciendo de vituallas, necesitan reponerlas en plazo breve para no interrumpir la persecución. Y aquí surge el conflicto. Nápoles era país neutral, y el Rey Fernando, que odiaba á Napoleón, y al mismo tiempo le temía, no osaba romper sus deberes neutrales. En consecuencia, negó el permiso que Nelson demandaba para aprovisionarse. Falta de elementos, la escuadra inglesa quedará convertida en algo estéril, inservible. Nelson desfallece, viendo perdido su prestigio y envalentonado al gran corso, tirano de Europa. La partida, que pudiera ser definitiva, quedaba á favor de éste.

Pero no había contado con lady Hamilton. Emma se entrevista con la Reina: llora, suplica, amenaza, ruge, y al fin consigue el anhelado permiso para que Nelson tome víveres en Siracusa. Los navíos ingleses pueden zarpar, en busca de los galos. Y á poco, la noticia del combate del Nilo y la destrucción de la escuadra francesa, hace comprender al mundo que Napoleón el invicto tenía puntos vulnerables. Convencida de la enorme importancia de su intervención, lady Hamilton deja desbordar el entusiasmo que la invade. Sin la menor prudencia

se exhibe por doquier, luciendo áncoras en el vestido y una cinta azul sobre la frente con expresivo letrero «Nelson y Victoria.»

Después del triunfo, retorna el almirante á Inglaterra, acompañado del matrimonio Hamilton. Desde entonces no se separan los tres. Emma tiene una hija, que es bautizada con el nombre de Horacia, y con la que sir Hamilton, valetudinario, transige. Nuevamente se cubre de gloria Nelson bombardeando Copenhague. Y después del triunfo, como siempre que las exigencias bélicas lo consentían, retorna para ofrendar los lauros conquistados á los pies de Emma.

Junto á ella estaba cuando recibió el aviso del Almirantazgo noticiándole que las escuadras francesa y española, unidas, estaban en Cádiz aprestándose al combate. Ni un instante vaciló. Si Emma hubiese sido una mujer vulgar, de seguro le hubiese retenido: «¡Ya es hora de que nos dejen en paz!» Ella fué la primera en animarle: «Un día más de gloria que te espera.» El siguiente crepúsculo ya le sorprendió embarcado, con rumbo al Sur. Y al avistarse con la escuadra franco-española, lanza la frase espartana que la Historia escribió con letras de oro: «Inglaterra espera que cumpla cada cual con su deber.»

Después... el triunfo, la gloria, la muerte en plena apoteosis, que fué la suprema consagración. Sus últimos pensamientos fueron para ella: «No olvidéis—dijo á los que le rodeaban— que dejo á Emma y Horacia encomendadas á la protección de Inglaterra.»

Pero las palabras del moribundo no hallaron eco. La sociedad inglesa, el colmo de la pudibundez, había seguido con disimulada indignación el curso de la aventura. Sin el prestigio enorme de Nelson, hubiese fulminado el más rotundo ¡Shoking! sobre los protervos. Muerto el almirante, lo fulminó sobre Emma y su hija. Sir Hamilton había ya rendido su tributo á la tierra. Cuando Emma convaleció de la grave enfermedad que el fin del héroe la produjo, encontrábase abandonada de todos y desprovista de bienes de fortuna. Los últimos recursos se consumieron pronto. No era Emma una mujer capaz de perder tiempo en idear economías. Pródiga de todo, lo fué también de dinero. Estuvo presa por deudas. Huyendo de implacables acreedores, refugióse en Caláis, donde murió diez años después que el almirante, olvidada de todos.

Resulta, pues, que el eterno femenino tuvo la culpa de que España perdiese su poder marítimo, y, en consecuencia, su imperio colonial. Con razón dice la copla:

No hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga.

Pero como cuando uno pierde otro gana, la copla no tiene razón, vistas las cosas por el lado de Inglaterra. Lo que ocurre, es que todo lo bueno y lo malo que sucede á los humanos tiene por causa á la mujer. Y ésta sí que es una verdad como un templo.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

EL BREVIARIO DE LA RONDA



Es éste un libro breve y leve. Sencillo *vademécum* que podía, sin engorro, acompañar en bolsa ó faltriquera la tabaquera de Carey y el pañuelo de hierbas, tan necesarios compañeros del indumento de algunos graves, sesudos y piadosísimos varones, como el tintero de cuerno colgando, zarandeado del primer ojal de la casaca.

Es un libro menudo, de breves folios y pulcra y fuertemente calzado de recio pergamino. Y dice en sus páginas, pocas, más y más hondas cosas que unos crasos volúmenes de filosofía. Tiene concisiones lógicas y contundentes, de palabras tomistas. Y junto á sutilezas escolásticas, dice bíblicos apotegmas y apocalípticas imprecaciones que harían temblar á los más convencidos epicúreos. Este libro ha pasado como un espíritu durante muchos años por las calles quedas, tenebrosas y silentes de nuestra villa. Y quebrantando su sosiego, hizo más de una vez que á nuestros cristianísimos abuelos se les erizaran los cabellos, que guardaron y abrigaron bajo sus pelucas empolvadas.

Este libro á que hago referencia, para hacer su loor, es el que llevaban consigo para las rondas nocturnas los señores hermanos de la Real Hermandad de María Santísima de la Es-

peranza y Santo Zelo de la Salvación de las Almas, que en boca del vulgo fué llamada del Pecado Mortal.

El día 29 de Octubre de 1795 reunióse la junta de gobierno y determinó las demarcaciones por cuarteles para que, convenientemente distribuidos los hermanos en las rondas nocturnas, no entrasen los unos en las diócesis de los otros. Y para que se tuviese continua y justa cuenta de los itinerarios que correspondían, según los barrios y los días de la semana, imprimióse este libro, que, según él mismo avisa, han de llevar los cofrades, al propio tiempo que la bolsa y la linterna y la cédula, á cuyo respaldo ha de anotarse puntualmente la limosna que fuere recogida.

Pero este sencillísimo breviario no se limita á distribuir para las rondas el cuartel del Barquillo, y el de Maravillas, y el de San Francisco y el de San Lorenzo, reviviéndonos toda la vieja villa como en un amable sortilegio. Así, cuando nos habla de aquella plazuela del Beso, contigua al cementerio de San Sebastián, y cuyo solo nombre dice un bellísimo poema, ó de aquella plazuela del Gato, que hizo célebre la estampa que vendía al por mayor las aleluyas de los días del Corpus y del Dios Grande, cuando

había cuajada y bailes y algazara de panderos cuadrados.

Otro gran encanto de este libro es mostrarnos la serie de saetas, que eran realmente como dardos, con que las voces buidas de los hermanos herían el calmo ambiente de las noches serenas y tranquilas.

Dos ó tres de las que más frecuentemente se entonaban pasaron y quedaron en la memoria de las gentes. Pero en su mayoría, las que guarda en sus páginas este libro, que un grato azar trajo á mis manos, son ya tan olvidadas y tan muertas como los labios percederos que las hubieron de entonar.

Comiézase con una letra que tiene toda la desconsoladora amargura del Eclesiastés y del Kempis:

A la mujer más hermosa
el tiempo en fea convierte,
y en monstruo horrible la muerte.

Y esta otra también:

Contra la muerte no hay fuerzas,
pues ella rinde, constante,
al más robusto gigante.

No desgarras más el ánimo un versículo de la «Imitación de Cristo».

Conocían los cofrades las viviendas de los vecinos pecadores y sus pecados más frecuentes. Así solían asestarles los avisos piadosos, según el oyente y la ocasión. Había coplas devotas que servían según la dolencia moral del que las escuchaba.

Placiábase en oficiar de aguafiestas y turbar los ardores de los más amantes deliquios. Si sabían tras de qué ventana podía pronunciarse una de estas pláticas tan sabrosas, muy luego comenzaban:

¡Cuántos, sin temor de Dios,
en su torpeza anohecen
y en el infierno amanecen!

Y, por si era poco, seguían:

Presto, torpe pasarás,
de tus carnales contentos
á los eternos tormentos.

Y había otras cuantas destinadas al mismo objeto.

Agustín
Aguirre

Para el codicioso que contaba en aquellos momentos sus monedas:

Por más que el tesoro guardes,
avariento, ha de llegar
la muerte y te ha de robar.

Y para el que se preocupaba demasiado de los negocios del mundo y sus pompas y vanidades, que se ha de comer la tierra:

Ambicioso que, soberbio,
te pretendes exaltar,
la muerte te ha de humillar.

Y luego, sin determinar efecto alguno, había saetas de una pía generosidad y puro afán de devoción:

Mira no se pase, alma,
sin que reces a María
un rosario cada día.

Con delicado modo solía aludirse á los aficionados á lo que por entonces los hijos del chichisbeo llamaban caldo de cepas y café de Baco,

siendo tan fácil y sencillo darle su propio nombre y decir: vino. A este género de pecadores se le decía muy elegantemente:

La sangre de Dios vertida
que hoy te condena al perdón,
será tu condenación.

Y para el amante que se hallaba quizá en aquellos instantes en los propios y codiciados brazos de la amada, habíalas escabrosillas:

Alma que estás sumergida
en el seno del pecado,
teme á Dios, justo invitado.

Y es que no perdían ripio aquellos benditos. Al fin, para que no se dijese que eran muy exigentes, cantaban coplas acomodaticias y condicionales:

Haz propósito constante
de no volver á pecar
si vuelves á confesar.

Varia y confusa selva de cristianos preceptos hállase entre las sesenta y cinco saetas que se custodian en este libro breve y leve que yo guardo con tanto amor.

Porque es un breviario raro y peregrino con que durante muchas noches de muchos años, que se perdieron ya, quiso espantar al demonio por los rincones del mundo, que eran en este caso los de esta villa imperial y coronada. Y yo sé que sabe y ha visto tantas cosas este sencillo *vademécum*, que ya no eran para él misterios los misterios de tantas noches de otra edad, que, misteriosas, se perdieron.

¡Y hay tantas bellas cosas, tan suavemente muertas, que dentro de este recio pergamino tan mansamente duermen y quedamente viven!

PEDRO DE RÉPIDE

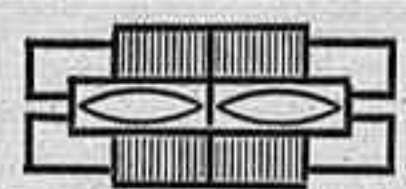
DIBUJO DE AGUSTÍN AGUIRRE

PAISAJES PINTORESCOS ESPAÑOLES



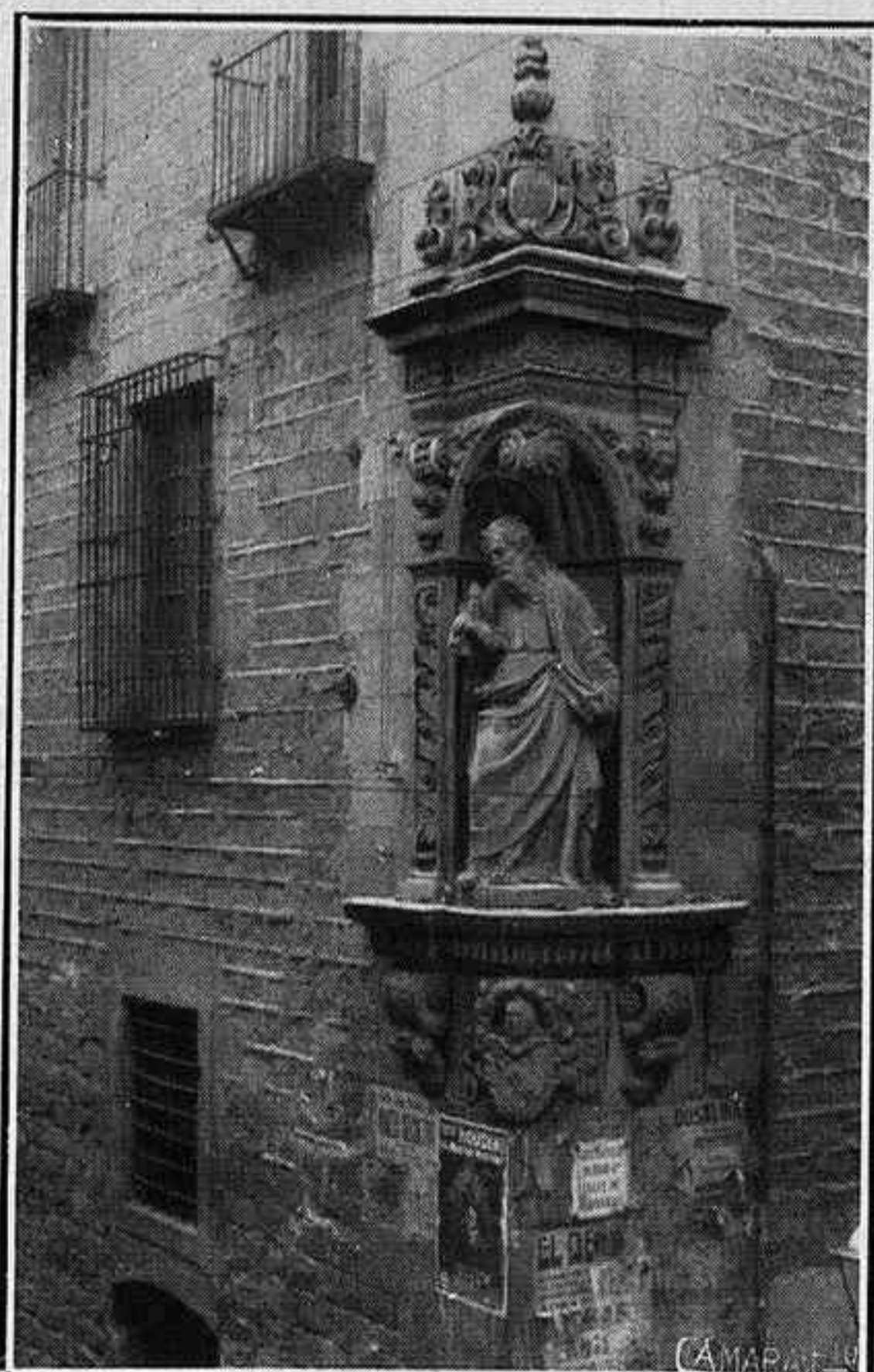
Casita aldeana en los alrededores de Solares (Santander)

FOT. SERVET



UN MONUMENTO
:: EN PELIGRO ::

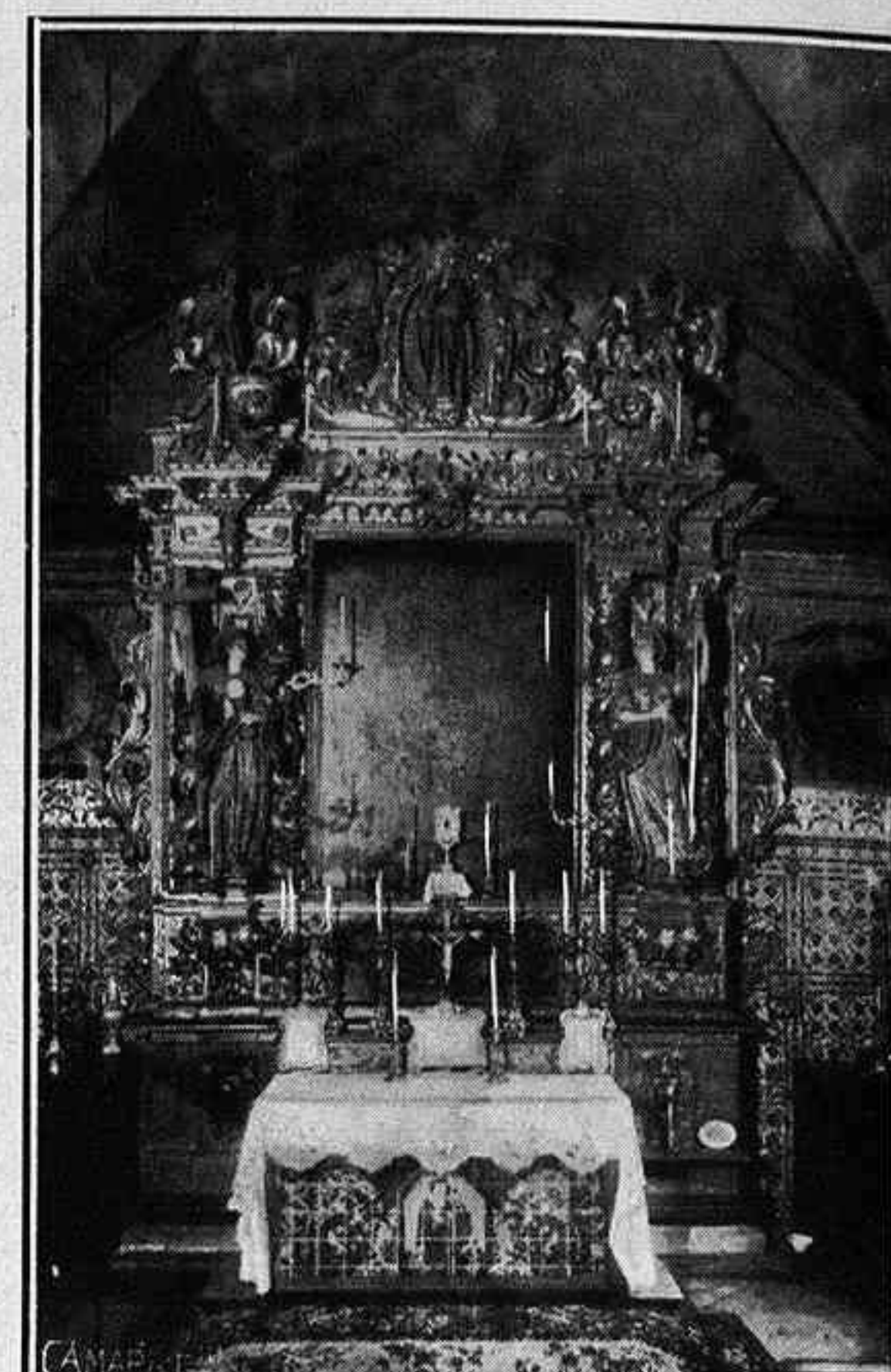
La Casa de Convalecencia, de Barcelona



Detalle de la fachada, con una escultura representando a San Pablo



Fragmento de un zócalo de azulejos



Capilla, de gran valor artístico por sus magníficos azulejos

El proyecto de reforma interior de Barcelona ponía en peligro de desaparición este admirable edificio llamado *Casa de Convalecencia*, joya preciosa de la arquitectura del siglo xvii. Por fortuna, el Ayuntamiento de la ciudad condal ha hecho las gestiones necesarias para su adquisición, salvando así de la piqueta tan hermoso monumento. Este edificio, en el que, como su nombre indica, tienen derecho a pasar su convalecencia los enfermos que han estado curándose en el Hospital anejo de Santa Cruz, es ejemplar único de la arquitectura catalana de la época, empleándose en él como elemento decorativo importante el árabe azulejo, llevado a un grado portentoso de riqueza y perfección. Los detalles más salientes de la obra son: en el exterior, la puerta de ingreso principal y la hornacina con la imagen de San

Pablo; el vestíbulo y suntuoso «arrimadero», de azulejos; el patio-claustro, con dos pórticos ó galerías superpuestas, y el retablo, riquísimo, donde aparece una admirable composición de Viladomat representando la *Conversión de San Pablo*. La *Casa de Convalecencia* tiene una interesante historia. Su gran bienhechor fué Pablo Francisco Ferrán, acaudalado mercader, fallecido en 1640. Dice la tradición que hallándose Ferrán en el apogeo de sus negocios, recibió la triste nueva de que habían naufragado todos sus navíos, abarrotados de riquezas. Sumido en la más espantosa miseria, y abandonado de deudos y amigos, se dedicó a la mendicidad. Recuperada la fortuna, por haberse salvado la flota que creyó perdida, legó al morir todos sus bienes a la *Casa de Convalecencia*.



Claustro de la Casa de Convalecencia, de Barcelona

FOTS. BALLELL

Goya y los Condes de Sobradriel

Es una amplia despejada plaza en donde se alza la iglesia de San Cayetano. Vecino á ésta, cual si fuera su continuación y añadidura, un gran palacio, cuajada su frontera principal de balcones y ventanas, y en el remate un gracioso mirador corrido y saliente rafe. Si preguntáis al portero por tal morada y por su dueño, os dirá al punto, inclinándose reverentemente, que es el palacio de los condes de Sobradriel, y su señor, D. Joaquín Cayetano Cavero y Ahones. Algo más podremos averiguar si interrogamos á un señor beneficiado, enjuto, pero risueño, que sale de la iglesia de San Cayetano. Pese á la prisa que lleva — unas buenas religiosas le aguardaban para la plática cotidiana —, nos dice que el título Condal de Sobradriel lo concedió la Reina doña Mariana de Austria, Gobernadora y Regente en la menor edad del Rey D. Carlos II, á D. Sebastián Cavero y Ahones, gran caballero que había servido con bizarría suma á Felipe IV. Que D. Joaquín Cayetano no necesita, en verdad, de títulos para engrandecer sus apellidos: Cavero, Ahones, Pueyo, Lasierra, Chacón, Manrique de Lara, Azlor; toda la rica-hombria de Aragón por merced de sus claros monarcas. Sin embargo, huélgase la familia, y en gran modo, de que en el palacio de Sobradriel pasara un día de recreo el Rey D. Carlos II con los suyos y D. Juan de Austria.

Unos discretos y encendidos elogios de la hidalguía y buen talante de D. Joaquín, y el señor beneficiado continúa su camino, en derechura al convento de las Madres Carmelitas.

Se oyen los acordes, de estilo galante, de un clave: es doña María Joaquina Marín de Resende Fernández de Heredia y Eguarás, que se solaza con una sonata de Clementi, que pusieron en las suyas manos amigas. Viste basquiña de seda guarnecida de puntos y bordados de canutillo de plata, con vistosa botonadura, jubón de tisú, y lleva joyas de valor en la cabeza.

Es alta, delgada, de cabello rubio y perfil armonioso; alegre y decidora.

El aposento — como toda la casa — es ostentoso: paredes entapizadas, dos bargueños, un bufete de ébano y unas sillas de cordobán labrado á todo primor. Son ornamento del bufete, láminas de plata con efigies de santos, encerradas en marcos de talla. En alta estima tiene doña María una firma de Santa Teresa, guarnecida de perlas puestas en oro. Es don precioso de su madre, que santa gloria haya.

Su esposo, D. Joaquín, hállase á esta sazón en el escritorio, entregado á cierto asunto de litigio con sus vasallos de Sobradriel. La dominatura y el disfrute del monte traen á maltraer á ambas partes. Un letrado sesudo, con los *Comentarios de Franco de Villalba á los Fueros y Observancias de Aragón* en la mano, aconseja á D. Joaquín.



"Visitación de la Virgen"



"San Vicente Ferrer"

Viste D. Joaquín á la francesa — peluca, cascaca, medias de seda y zapatos con hebillas —. Sus patillas de cabo de hacha le dan un aire señorial, atrayente. Es hombre amable y cortés. Anduvo en lo cierto el señor beneficiado en sus informes. Siente extraña dilección por aquella casa de sus padres, la que ha adornado y reparado con esplendidez, y cuya gravedad y recogimiento no son turbados más que por los risueños coloquios de doña María, y los acordes del clave y el tañido de las campanas de la iglesia inmediata.

Del escritorio se pasa á un comedor con galería que da al jardín; siguió la pieza del clave, que llaman salón de música, en el que suele hacerse muy buena de cámara en días señalados, y un aposento con cuadros de escenas religiosas, desde el que la familia oye todos los días la santa Misa, que se dice en pequeño oratorio que enfrente se ve.

Esta cristiana costumbre pocos días ha que está interrumpida — van á misa á San Cayetano —, por causa de que D. Joaquín ha querido decorar el oratorio cual se merece. Ha encomendado la tarea á un joven pintor, cuya despreocupación y maestría corren parejas, del que se dice en la Academia y en las tertulias doctas, que su sazón llegará ciertamente á ser deleitosa y magnífica. Tal prometen sus ensayos. Nació en el lugarejo de Fuendetodos, y se llama Francisco José de Goya y Lucientes.

Un lacayo anuncia á D. Joaquín la llegada de Goya. Viene de tener unas vistas con su caro amigo y protector el P. Salcedo. Ha llegado la hora de continuar la tarea, pero con paso firme. Bien se echa de ver que es hombre decidido. Su cara es ancha, la nariz gruesa y los labios un tanto pronunciados.

Saluda con una reverencia á su señora doña María, y rápido monta en el leve andamio que hay en el oratorio; coge el pincel y los colores, y se pone á pintar. La labor está más que mediada. A favor de la no abundante luz que en el oratorio entra, vese en el muro de la izquierda — ya acabada — una *Salvación de la Virgen á su prima Santa Isabel*. ¡Dios me valga, y qué escena! Doña María entra, se sienta en una silla de caderas y contempla á Goya en su trabajo. ¡Este Goya...! Pues ¿no ha pintado el retrato de doña María en el rostro de la Virgen? Eso sí, con gran contentamiento de la señora. Llega don Joaquín; de nuevo pregunta á Goya si ciertamente anduvo en su propósito el retratar allí á su esposa. Goya dice que no; pero D. Joaquín porfía en que el parecido es sorprendente. El así lo cree, pero transige; porque con este endiablado pintor no se puede ni disputar, ni menos porfiar. Los fueros del Arte le escudan siempre...

Don Joaquín toma rapé, y con *El Discreto*, de Gracián, en la mano, se sienta, y alterna un párrafo de lecutra con el curioso de la obra que Goya va trazando. ¡Qué modo de pintar!, dice para sí D. Joaquín; y al punto se frota las manos al pensar en lo bien dispuesto y exornado que va á quedar su oratorio. Una maravilla más que mostrar á los amigos.

Recostado sobre el catafalco, Goya está á punto de dar de mano á un *Descendimiento*, en el techo de la diminuta capilla. Parece que pinta distraído, y, sin embargo, ¡qué seguridad y valentía de pincel! Los trazos son rápidos y enérgicos, pero seguros. Afirman sus amigos que Goya es hombre serio y concentrado, que gusta de ahorrar palabras. Nadie lo diría, pues no cesa de mantener coloquio con doña María. Ahora le cuenta unas diabluras de su primera estancia en Zaragoza. Luego, un episodio picante de su viaje á Italia. Gusta doña María de estos relatos, que saben á capa y espada. Y al mismo tiempo el pincel de Goya corre. ¡Qué toques de color! ¡Qué luminosidad en aquel Cristo exánime! Don Joaquín ruega al pintor que sea servido de poner á una de las santas mujeres rostro más compungido. Goya accede, aunque haciendo protestas de que la tristeza tiene su asiento en el alma, no en el rostro. Dos retoques, y el rostro resulta, más que compungido, lloroso. Doña María no puede disimular la risa.

Los condes se levantan, y Goya descende con destreza de la plataforma. La sesión cotidiana ha terminado. Aún tendr que ir al palacio unos días más; pues le falta que pintar una aparición del Angel del Señor á San José, en el testero de la derecha. Goya promete á doña María que, de añadidura, pintará alguna cosilla fuera de convenio. Es mucho el afecto que siente por los condes. Bien que éstos, á su vez, le estiman, y aun D. Joaquín le protege. Le agrada sobremanera el desenfado del pintor.

Goya se despide de los señores hasta el día siguiente. Don Joaquín le invita á sentarse á su mesa, mas no puede acceder: tiene acordada una entrevista con los señores canónigos del Pilar, que le importa en gran modo. Acaso sea escabrosilla...

Don Joaquín saca de un bargueño un doblón de á ocho y lo pone en la mano del pintor. Goya sonríe agradecido; pues como joven y hombre de mundo, no anda sobrado de dinero. Quiere firmar el albarán, pero D. Joaquín le dice que lo deje para mañana.

Goya sale á la plaza de San Cayetano, gentil, con su chambergo y su capa larga. Si le seguimos — va á la iglesia del Pilar —, oiremos que pone en sus labios una canción del terruño.

RICARDO DEL ARCO



"El Descendimiento"

Los niños
deben leer
en
NUEVO MUNDO
Las aventuras
de Panchulo



Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cénts. en toda España

¿Quiere usted aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará mejor



DELEGACIÓN DE
"PRENSA GRÁFICA"

EN PORTUGAL:

D. Alejo Carrera

Rúa Aúrea, 146,
y Apartado de Correos 122

LISBOA

COMPAÑY

FOTÓGRAFO

FUENCARRAL, 29



Para Viajes, Excursiones, Merendas, Cacerías, etc., no olvidar la Mortadella "SIBERIA"

— Misterios de la Policía y del Crimen —
PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

La Esfera

ILUSTRACION MUNDIAL

MADRID Y PROVINCIAS...	Un año	30 pesetas
»	Seis meses	18 »
EXTRANJERO	Un año	50 »
»	Seis meses	30 »
PORTUGAL	Un año	35 »
»	Seis meses	20 »

Oficinas: Hermosilla, 57.—Teléfono S-9

— Sucursal de LA ESFERA —
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de puntó. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización recienste, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas a nuestros representantes debidamente autorizados.

HERMOSURA DEL CUTIS: Almanaque Bailly-Baillière para 1920



Mala puñalá te den y sin entierro te veas si no confiesas muy alto que la crema PECA-CURA es la mejor de las cremas.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,40. — Polvos, 2,40. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 5,50, 9 y 15 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

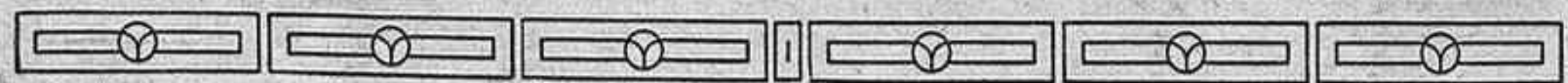
ÚLTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).



FOTOGRAFIA **BIEDMA** 23-Alcalá-23
 : Casa de primer orden : TELÉFONO 730
 HAQ ASCENSOR



IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

“LA ESFERA” Y “MUNDO GRAFICO”

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.ª, únicas personas autorizadas.

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran

lujo



PARA EL 1.º Y 2.º TOMO DEL AÑO 1919

A 4 pesetas el juego para un semestre



SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádanse 0,40 para franqueo y certificado

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS